

CEMENTERIO COSMICO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

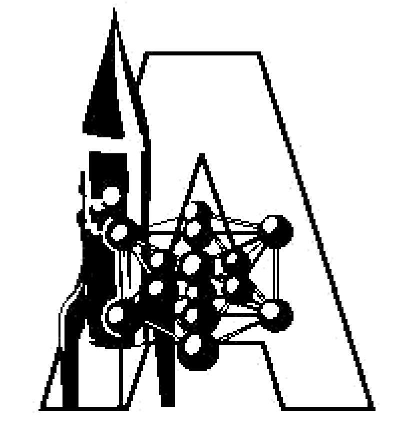
Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

Colección: La conquista del espacio, 21
ISBN: 9788440624055
Generado con: QualityEbook v0.60

CEMENTERIO COSMICO

CURTIS GARLAND



1ª edición: septiembre de 1988
1ª edición en América: marzo de 1989
Esta publicación es propiedad de
EDITORIAL ASTRI, S.A.
Apto. Correos 96008 — Barcelona

ISBN: 84-7.590-595-2
Depósito legal: M-??.???-1988
Imprime FUTURA-GIESA
Tel. 28 12 00
08006 Barcelona
Printed in Spain — Impreso en España

1

NUNCA olvidaré aquella terrible experiencia.

Es como si hubiese quedado grabado a fuego en mi mente cada uno de los espantosos detalles que formaron parte de la historia completa de mi aventura en los lejanos espacios siderales.

Todavía hoy, en muchas ocasiones, me despierto bruscamente, bañado en helado sudor, convulso, saliendo de alguna de las aterradoras pesadillas que me asaltan desde que todo aquello quedó atrás en mi vida. Y me pregunto, por unos instantes, estremecido y angustiado, si será posible que haya quedado todo en el pasado, que ya, por fortuna para mí, no pueda volver a aferrarme aquel terror dantesco entre sus heladas zarpas.

Entonces, lentamente, de modo paulatino, mis ideas van aclarándose, y recuerdo que todo eso forma parte de un pasado que, por fortuna, no regresará jamás. Entonces, la suave voz de ella me pregunta en la penumbra del dormitorio:

—Dan, mi vida... ¿te sientes bien?

La miro. Encuentro sus dulces ojos enamorados, fijos en mí. Su mano me acaricia con ternura, su brazo desnudo emerge de entre las sábanas para rodearme, amoroso, y parte de uno de sus espléndidos y bellos senos emerge, procaz, como recordándome la cálida belleza de sus formas, la tersura de su suave piel, la presencia misma de ese cuerpo adorable, pegado a mí en el lecho, dispuesto siempre a proporcionarme el calor y la ternura que necesito.

Niego entonces con la cabeza. Y me limito a musitar:

—No es nada, querida. Nada en absoluto. Una simple pesadilla...

—Comprendo —responde. Y sé que, en efecto, comprende. Ella sabe tan bien como yo lo que pasa por mi mente, lo que constituye para mí el escalofriante recuerdo de algo que, por mucho tiempo

que pase, jamás podré olvidar por mucho que lo intente.

Luego, me obliga dulcemente a tenderme de nuevo, me cubre de besos, seca mi transpiración helada, y termina logrando que concilie de nuevo el sueño, o que el ardor de su contacto me haga apartar de la memoria todo aquello que no sea ella misma.

Entonces, el sueño amable o el amor apasionado, son como el sedante que mis tensos nervios necesitan. Y casi olvido. Casi.

Porque es imposible olvidar, yo lo sé. Y lo sabe ella. Ambos vivimos a solas con la huella invisible de un horror que marcó nuestras vidas para siempre. La marca indeleble de algo que sucedió lejos, muy lejos de aquí, de este mundo nuestro.

Algo que todavía vive en nuestros cerebros con toda su intensidad y fuerza, como si aún pudiera volver a repetirse aquella pesadilla, aquel cúmulo de horrores sin fin.

Es absurdo pensar eso, porque nunca volveré a patrullar una nave espacial de ese tipo en toda mi vida. Mi decisión es definitiva. La adopté cuando regresé de aquel viaje al horror y a la muerte. Me juré a mí mismo no regresar jamás allá, donde el espacio es negro y profundo, infinito y terrible, a la vez que hermoso y sublime. Donde se puede encontrar lo más bello y lo más siniestro. Donde la obra de Dios parece. a veces, ser atacada por el maléfico poder del Diablo, para alterar su maravillosa armonía.

Y, sin embargo, resulta curioso que, a veces, algo irresistible, algo oscuro y maligno, parezca atraerme hacia esa inmensidad, y desee volver a navegar por ella, volver a alejarme del planeta Tierra, regresar a otros mundos, a otras galaxias, en busca de lo incierto, quizás de lo mortífero.

Es como si «algo», allá lejos, en lo infinito, me estuviese llamando, me atrajese con su espantoso poder de atracción, como un magnetismo siniestro y aterrador. Es como el vacío que atrae a quien sufre vértigo. Como la vorágine marina que absorbe al navegante perdido, atrayéndole a su sima mortal.

Dios mío… ¿será posible que alguna vez ceda a esa extraña y horripilante tentación, y regrese en busca de… de aquello que quiero olvidar y dejar para siempre atrás?

¿Es que ello tiene tal poder que puede fascinarme a distancia, reclamando la presa que una vez perdió?

Entonces es cuando, realmente, siento miedo. Porque eso no son

ya pesadillas, sueños angustiosos e inquietantes, pero sueños a fin de cuentas. Porque eso, yo lo sé, lo intuyo, es real.

Y la sola idea de que esa fuerza oscura e inexplicable llegase un día a ser más fuerte que yo mismo, me llena de pavor, sacude mi cuerpo con un escalofrío sin fin.

Y entonces, deseo estar muerto. Porque morir sería, en definitiva, infinitamente más reconfortante y agradable que volver allí.

Volver allí... y enfrentarse de nuevo a... a aquello.

¡Dios, no, nunca! Nunca...

Pero tengo miedo. Mucho miedo. Cada día más. Y ella lo sabe. Mi compañera y amada lo sabe mejor que nadie. Puedo leerlo en sus ojos, aunque nunca comenta nada. Creo que, en el fondo, ella también tiene miedo.

He hablado de todo esto a los médicos. El psiquiatra creo que me empieza a considerar un loco o, como mínimo, un nombre mentalmente enfermo. Supone que los viajes espaciales, los vuelos a gran distancia de mi mundo, pueden haber alterado mi equilibrio psíquico. Es posible que tenga razón. Pero él nunca entenderá mí verdadero problema. Nadie lo entiende, salvo yo mismo y ella. Somos los únicos en darnos cuenta exacta de lo que sucede en nuestras mentes.

De momento, sólo es eso: nuestras mentes. En nuestro cerebro, se libra una sorda y desesperada batalla entre los recuerdos y el presente, entre la realidad que dejó de serlo, y la que es hoy en día, aquí en la Tierra.

Pero ¿y si un día es algo más que eso?

¿Y si un maldito y futuro día de nuestra vida, regresamos al Cementerio Cósmico.

* * *

El grito agudo de ella me sobresaltó.

Desperté asustado, sintiéndome bañado en sudor frío. Sin duda, yo había tenido una pesadilla. Pero no estaba solo en mi mal sueño. Ella también había tenido alguna pesadilla. No podía explicarme de otra forma su repentino grito de terror.

Corrí a su lecho, vecino al mío, separados ambos tan sólo por la mesilla electrónica donde teníamos instalada la música ambiental, las luces, el control psicomotriz y la pantalla de televisión que podía

conectarse indistintamente con los programas comerciales, o con el Centro Astronáutico, a través del Canal Preferente de Servicio.

—¿Qué te ocurre, Gala? —indagué, alarmado.

Ella me miró desde las sábanas revueltas, pálidas y agitadas. Temblaba ligeramente. La abracé con fuerza, tratando de inyectarle calor y tranquilidad. La oí sollozar roncamente:

—Fue... fue horrible, Dan...

—¿Horrible? ¿El qué? —traté de saber, mirándola inquieto.

—La visión, la pesadilla, lo que fuese... —gimió—. Ocurría aquí mismo en esta habitación, Dan...

—¿Aquí? —me volví, aprensivo. Miré las sombras suaves en torno nuestro, la tamizada claridad de la lámpara de noche. Tras una decisión, oprimí el botón general de la luz. Una claridad cruda, casi molesta, invadió la estancia. Ella parpadeó, deslumbrada—. Ya ves: no hay nada ni nadie. Sólo tú y yo...

—Lo sé, lo sé —jadeó ella, abrazada aún a mí, pero mirando con angustia, por encima de mi hombro, a la amplitud confortable, aséptica y funcional de nuestro modernísimo dormitorio de la planta residencial del edificio de la Base—. ¿Qué otra cosa podía haber, después de todo? No soy una niña, Dan. Admito que he soñado, eso es todo. Pero fue un mal sueño. Y tan vivido, tan real...

—¿Qué clase de sueño? —la interrogué, aunque en el fondo me temía la respuesta.

—¿No lo imaginas? —me miró asustada, con sus grandes ojos verdes llenos de sombras inciertas de terror.

—Sí, claro que lo imagino —suspiré, malhumorado—. Era eso, ¿no? Otra vez... eso.

—Sí —asintió ella con un escalofrío. La vi cerrar los ojos—. Nunca lo había visto tan claramente. Y eso que he tenido otras pesadillas, lo mismo que tú.

—¿Qué veías, exactamente? —quise saber.

El miedo asomó a sus ojos. Pude captarlo tan claramente como si tuviera forma y cuerpo. Gala inclinó la cabeza. Sentía las palpitaciones de su corazón a través del liviano tejido plateado de su pijama y de la prominencia juvenil de sus bellos senos.

—Lo peor —susurró, temblorosa—. Estaba ahí, Dan...

Señalaba a un punto inconcreto de la estancia. Me volví, notando algo parecido a un frío aguijonazo en mi nuca. Es como si,

realmente, algo o alguien hubiera estado allí, a mis espaldas, contemplándome malignamente desde el centro de la estancia.

Pero allí, lógicamente, no había nada ni nadie. Sólo luz, muebles funcionales y modernísimos, un ambiente frío e impersonal, como el de todas las viviendas de nuestro tiempo, en que el confort se considera algo carente de humanidad y de verdadero calor. Pero así son nuestros arquitectos y nuestras modas de principios de este bendito siglo XXI.

—Cálmate —rogué, acariciando sus suaves, dorados cabellos—. No hay nadie aquí. Sólo fue un sueño, como bien sabes. Pero aún no me has dicho qué viste con exactitud, que pudo asustarte tanto.

—Era... era La Momia, Dan.

Tuve una sacudida helada que recorrió mi espina dorsal como una corriente de alto voltaje, y fue a morir en mi nuca, erizándome el cabello.

La Momia.

La sola mención de aquel nombre tuvo la virtud de aterrarme. De hacerme volver los ojos y la mente atrás, a nuestro aterrador viaje espacial hasta el Cementerio Cósmico.

—Qué tontería —dije, pero mi voz era ronca e insegura al hacerlo—. Sabes que eso no puede ser. Sólo ha sido un mal sueño, ambos lo sabemos bien. Hay cosas que no vuelven. Que no pueden volver. Millones de millas nos separan de aquel lugar. Años luz que ya nadie va a recorrer de nuevo, porque todo fue un simple error de cálculo, un fallo mecánico, una serie de coincidencias y circunstancias que nos condujeron a un olvidado lugar del Universo donde, posiblemente, jamás volverá a pisar ser humano alguno, al menos procedente del planeta Tierra.

—Todo cuanto puedas decirme lo sé, Dan —sonrió ella con amarga tristeza—. ¿O piensas que soy una de esas mujeres impresionables que viven esclavas de un mal recuerdo? No se llega a ser astronauta femenina a base de ser pusilánime, débil y medrosa, bien lo sabes. He logrado ese entorchado duramente, luchando contra toda clase de riesgos y debilidades humanas de mi propio sexo. Soy un miembro activo del Cuerpo de Astronautas Femeninos de la NASA, y me siento orgullosa de ello. He sido compañera de mi propio esposo en un vuelo espacial fuera del Sistema Solar, y sé que ninguna otra mujer astronauta alcanzó

semejante honor todavía. Sin embargo...

—Sin embargo, estás asustada —sonreí.

—Sí, Dan. Estoy muy asustada —confesó ella, abrazándome con calor—. ¿No tengo motivos para estarlo?

—Supongo que sí, Gala. Yo también lo estoy a veces. Mis sueños no son tranquilos, bien lo sabes. Esa misma pesadilla tuya, la tengo yo en ocasiones. Creo... creo que estoy de regreso allí. Que Neil me llama desde la eternidad...

—Neil... Pobre Neil —susurró Gala, dejándose caer en el lecho con lentitud. Sus verdes ojos se cerraron. Yo apagué de nuevo las crudas luces generales, dejando tan sólo la suave claridad rosada de la lámpara de situación en el mueble electrónico que separaba nuestros lechos—. ¿Qué habrá sido de él, realmente?

Me estremecí. Yo también me había preguntado muchas veces eso. Y no encontraba respuesta. No la había, maldita sea. No había respuesta para muchas, para demasiadas cosas.

Eso, la burocracia no podía entenderlo. La NASA era una forma de vida multicéfala, sin sentimientos. Aún podía recordar su orden, su terrible orden, transmitida a aquella enorme distancia abismal, perdidos en el infinito galáctico, en un punto total y absolutamente desconocido para todos.

La maldita orden que nos hizo volver:

—¡Abandonen la cápsula A-20! ¡Regresen de inmediato... o estarán perdidos para siempre, teniente Darek! ¡Es una orden irreversible! ¡Si en un minuto no abandonan la órbita señalada en la carta espacial e inician el regreso, quedarán desconectados definitivamente del control central, y eso significará una lenta agonía, perdidos en el espacio para siempre, sin posibilidad alguna de supervivencia! ¡Está avisado, teniente Darek!

—Pero señor... —había tratado yo de razonar en ese trágico momento—. Está Neil... el oficial de a bordo Neil Rogers... No ha vuelto. Se ha perdido en ese lugar... Estamos tratando de recuperarle a toda costa... Permítanos al menos que...

—Permiso denegado, teniente —fue la fría voz—. Regresen. Es la última vez que se lo digo. La cuenta atrás ha comenzado. Le quedan cincuenta y un segundos exactamente para encender los reactores y propulsar la energía fotónica suficiente para el regreso. Este no ha sido un viaje espacial vulgar, y usted lo sabe. Es el

primer viaje intergaláctico a mayor velocidad que la luz. ¿Quiere condenarse usted y condenar a su propia esposa a una muerte horrible en el vacío infinito, tirando por la borda todas las posibilidades inmensas de esta experiencia?

—Pero es que…

—¡Teniente Darek! —me increparon desde el Control Central—. ¡Disponemos sólo de veintisiete segundos para decidir entre la vida o la muerte de ustedes dos! Cierro conexión… y allá usted con su decisión.

Ahí terminó todo contacto con la Tierra. Gala y yo habíamos quedado a merced de nosotros mismos. Sin Neil a bordo. Ni esperanzas de dar con él.

Eso sucedía tiempo atrás. En el Cementerio Cósmico. En un lugar al que no volveríamos jamás, porque era imposible hacerlo ya. Un lugar al que posiblemente nadie llegaría nunca, para bien suyo.

En aquellos dramáticos veintisiete segundos de tiempo, hice lo único que podía hacer. Por Gala, por mí. Por la NASA. Por todos. Encendí los motores. La energía fotónica se transmitió a los potentes reactores. Partimos de regreso. Antes de que fuese demasiado tarde.

La nave salvó de nuevo la barrera de la luz. Atravesamos en días, en semanas, inmensas distancias de inconmensurable dimensión. Millones, miles de millones de millas, viajando como centellas en el gran vacío universal. Por fortuna, el rumbo se enmendó durante el viaje. Cuando pudieron controlar nuestra ruta desde tierra, se nos recuperó definitivamente. Habíamos estado perdidos. Perdidos en una zona cósmica que nadie conociera anteriormente. No existían referencias de ella. La avería de a bordo había impedido registrar coordinadas de situación en el mapa espacial. En suma: el lugar de emplazamiento del Cementerio Cósmico, era un perfecto enigma para todos, incluso para nosotros dos.

Pero Neil Rogers, nuestro amigo y camarada de vuelo, había quedado allí para siempre. Nunca volvería a la Tierra. Vivo o muerto, se había quedado en lo desconocido. Ningún otro vuelo a velocidad superlumínica estaba preparado de momento en los planes de la NASA. Había resultado una experiencia demasiado cara e inútil, a juicio de los políticos, que son siempre quienes tienes la

última palabra con los presupuestos.

Y nosotros, aun en la Tierra, a años-luz de distancia de aquel lugar, seguíamos obsesionados con la horrible experiencia vivida allí.

La prueba estaba en esto. Gala había tenido una pesadilla esta misma noche. Y en ella, había visto a La Momia en nuestra cámara matrimonial de la Base.

La Momia...

Dios mío, ¿seguirá allí, inmutable y trágica, en la cámara funeraria del espacio?

¿Por qué entonces nos persigue tan obsesivamente su recuerdo? ¿Por qué?

¿Y por qué, sobre todo, tenemos tanto miedo Gala y yo?

2

MILTON Barrow me contempló pensativo. A su lado, la doctora Leilah Scott se limitó a anotar una serie de datos clínicos en la computadora encargada de los diagnósticos. *

—Estoy preocupado por ustedes, Dan —me dijo mi jefe con tono paternal.

—¿Preocupado? ¿Por Gala y por mí? —le miré sorprendido—. ¿Por qué motivo, señor?

—¿Y usted lo pregunta, Dan? La razón está en su último viaje, sin duda.

—¿El vuelo superlumínico? —pestañeé—. Creí que lo habíamos cumplido satisfactoriamente.

—Y lo hicieron, Dan. Al menos, oficialmente. Pero como superior suyo, debo sentirme preocupado por ustedes dos —confesó Barrow cansadamente.

—¿Alguna razón especial para ello?

—Muchas, Dan. Ustedes han vuelto cambiados. No son los mismos desde entonces, e ignoro la razón. Dieron un raro informe de ese vuelo, la verdad.

—La pura verdad, señor —me defendí—. Estuvimos en ese Cementerio Cósmico, puedo jurarlo.

—Está bien, está bien —me apaciguó—. Y yo le creo, Dan. Es usted un veterano del espacio, y su esposa una mujer sumamente equilibrada... al menos hasta ese viaje.

—¿Qué quiere decir con eso, señor? —me inquieté.

Intervino en ese punto la doctora Scott. Se aproximó a mí y se quedó mirándome atentamente desde detrás de sus modernas gafas de moldura azul. Jugueteó con un lápiz electrónico mientras hablaba.

—Su equilibrio emocional está últimamente bastante alterado, señor Darek —me explicó—. Su esposa ha sufrido un gran shock, evidentemente, durante ese viaje, y ha regresado a la Tierra sin mejorar totalmente de él.

—Eso también me ocurre a mí —gruñí con cierto enfado.

—Exacto, señor Darek —sonrió la doctora sin inmutarse—. Lo sé mejor que nadie. Pero su posible desequilibrio es más ligero que el de su esposa.

—Ella es mujer, doctora. ¿No sabe nada sobre mujeres? —traté de mostrarme cáustico y cruel.

Evidentemente lo logré, porque la joven doctora puso un gesto algo dolido, sacudió su cabeza pensativamente y me replicó, procurando seguir siendo amable:

—No lo olvido en ningún momento, señor Darek. Gala Darek es mujer, aparte ser oficial de primera clase en el Cuerpo de Astronautas Femeninos. Nunca olvido mi propia condición, de modo que sobran sus sarcasmos. Sólo trato de velar por su salud y la de ella, porque eso forma parte de mis obligaciones y de mi código de moral.

—Lo siento —me creí obligado a excusarme humildemente ahora—. Ese viaje nos ha trastornado a ambos un poco. Fue una mala experiencia. Sé que en la NASA han dudado de la veracidad de mis declaraciones y las de ella. Nuestra historia sobre el Cementerio Cósmico no ha sido acogida con excesiva credulidad oficial.

—Debe comprender que el Consejo Médico ha considerado posibilidades lógicas e interesantes, como las alucinaciones espaciales, los trances de delirio y otras circunstancias que se dan fácilmente en el ser humano, sobre todo cuando tiene que salvar algo tan poco conocido hasta ahora como era la barrera de la luz —suspiró amablemente Milton Barrow, tratando de mostrarse conciliador.

—¡Al diablo con eso! —protesté airado—. Vimos exactamente lo que dijimos. No hubo nada imaginario en todo ello, puedo jurarlo...

—¿De veras podría jurarlo, señor Darek? —dudó con afable sonrisa profesional la doctora Scott.

Sentí una fría ira contra la doctora, contra mi superior y contra todo el que dudaba de nuestra palabra. Pero ellos eran así. Siempre exigían pruebas, evidencias, datos comprobables. Yo no poseía nada

de eso ahora. Todo cuanto pudiera mostrar el respecto se había perdido definitivamente. Había quedado allí, en el lugar adonde posiblemente ya ningún habitante de la Tierra regresaría jamás.

—Puedo jurarlo, sí —murmuré con disgusto—. Pero no puedo probarlo, si es eso a lo que ustedes se refieren.

—Aunque todo cuanto narraron hubiera sido cierto, Darek, ello no tiene por qué causarles ahora problemas psíquicos —terció suavemente Milton Barrow, tratando de ser conciliador—. Están muy lejos del lugar del espacio que visitaron en su viaje. La NASA ha suspendido todo otro intento de salvar la barrera de la luz, dado su elevadísimo coste y sus riesgos imprevisibles. De modo que si existe realmente un Cementerio Cósmico, se quedará allí para siempre, perdido en un punto insondable del vacío, al que probablemente nadie llegará ya en el inmediato futuro. De sus exámenes psico-mentales, la doctora Scott ha sacado la conclusión de que ambos, su esposa y usted, están afectados por lo que allí vivieron. Y eso no es razonable en unas personas con experiencia espacial, a menos que el salto de la barrera de la luz les haya causado un desequilibrio psíquico. Están aquí, en la Tierra, entre nosotros. Lejos de todo peligro. A salvo definitivamente de sus fantasmas del espacio, ¿se da cuenta de ello?

—Sí, señor —asentí despacio—. Conscientemente, ambos nos damos cuenta de todo eso. Lo malo es que en nuestros sueños todavía nos asaltan pesadillas en torno a esa experiencia. Y no podemos evitarlo. Las medicinas de la doctora Scott no sirven de mucho cuando uno tiene malos recuerdos, señor.

—Lo sé, amigo mió. Por ello hemos pensado en algo para ustedes dos: unas vacaciones especiales, un período de descanso extra.

—¿Vacaciones? —arrugué el ceño, mirando desconfiado a mi superior—. Ya hicimos las nuestras antes de emprender ese viaje, señor. No tenemos derecho a ningunas otras en este año…

—Ya le he dicho que serán especiales. Usted y su esposa podrán hacer un viaje por cualquier país, relajarse, olvidando todo lo que habitualmente les rodea. Es decir, nada de ensayos en la NASA, nada de trabajos astronáuticos y todo eso. Olvidar la rutina por unas semanas, y recuperar así su normalidad.

¿Qué le parece la idea?

Medité. En otra ocasión, el ofrecimiento de unas vacaciones nos hubiera llenado de entusiasmo. Ahora no sucedía igual. En el fondo, yo sabía que no era tan fácil huir a nuestros fantasmas, ni siquiera durante un viaje de placer.

—¿Eso es lo que ha aconsejado la computadora? —gruñí con cierto desdén.

La doctora Scott sonrió, negando con la cabeza. Me miraba como a un bicho de laboratorio, y eso no me gustaba.

—No, Darek —rechazó—. No es ningún consejo de computadora. La máquina se limita a recoger información clínica sobre mis pacientes y emitir un diagnóstico. El suyo ha sido de desequilibrio psíquico por un trauma sufrido en un viaje superlumínico. Estamos tratando de que ese trauma ceda por sí solo, eso es todo. El señor Barrow toma las decisiones por sí mismo, sin tener en cuenta lo que dictaminan las máquinas, por perfectas que éstas sean.

—Lo siento —murmuré—. A veces me muestro demasiado agresivo, ¿no es cierto?

—Su agresividad no es peligrosa ni alarmante —sonrió de nuevo la doctora con leve ironía—. En su historial, teniente Darek, figura esa característica suya como muy acusada en determinadas circunstancias. No es extraño que cuando está nervioso por algo, se muestre así. Le aseguro que lo más sensato será aceptar ese período extraordinario de vacaciones, y olvidarse de naves espaciales, viajes al cosmos y todo eso, al menos por un tiempo. Es la mejor terapia para casos como el suyo y el de su esposa.

—Está bien —suspiré—. Hablaré de ello con Gala. Le responderé mañana, señor.

—Cuando quiera, Darek —asintió Barrow—. Estaré esperando su decisión.

—Mientras tanto, cambiaré su tratamiento —dijo la doctora Scott, tendiéndome un pequeño frasco de tabletas verdes—. Tomen una cápsula de estas cada noche, antes de conciliar el sueño. Es muy probable que su descanso sea apacible y no les asalten nuevas pesadillas. Se trata de un nuevo fármaco que anula los sueños desagradables en gran parte, sin efecto secundario alguno.

—Gracias, doctora —tomé el frasco, que guardé distraídamente —. Ojala sea como dice. Los sueños son demasiado desagradables.

Lástima que no tenga también otras tabletas para borrar los malos recuerdos…

Abandoné la consulta. La doctora y mi jefe se quedaron allí, hablando entre sí, bajo la blanca luz del techo luminoso, rodeados de máquinas de diagnosis y control de enfermos. Nunca la Medicina me había parecido más fría e impersonal que ahora. Lamentaba no haber vivido en la época de los alquimistas y curanderos.

Gala escuchó mi informe en silencio. Luego contempló las cápsulas verdes mientras cenábamos, como preguntándose si una simple droga bastaría para borrar todo lo malo de nuestras mentes.

—Tal vez resulte, después de todo —comentó al final, sacando una tableta y dándome otra a mí—. Me conformaría con no tener pesadillas. He empezado a tener miedo incluso a la hora de ir a la cama, Dan.

Asentí. Comprendía muy bien lo que sentía. Sólo ella y yo podíamos entender todo eso. Los demás seguían considerándonos trastornados por el fantástico viaje. En realidad lo estábamos. Pero no por las causas que ellos suponían.

Ingerimos nuestra cápsula con un poco de agua. Gala conectó el canal comercial de la televisión y contemplamos durante un rato un concurso y un espacio musical, repetición casi exacta de mil programas parecidos. Nos aburrió y ella cerró ese canal, conectando el interno de la NASA.

Tampoco había gran cosa que ver. Documentales de viajes al espacio, reportajes obtenidos por nuestros equipos expedicionarios en Marte, Venus o Júpiter, y poca cosa más. Luego, comenzó un coloquio sobre un inmediato viaje a Saturno, con miras exclusivamente científicas. Gala suspiró, cerrando ese canal. Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —preguntó ella.

—¿Sobre qué?

—Sobre esas vacaciones de regalo.

—No sé —me encogí de hombros—. En otras circunstancias, seria magnífico. Así, me da la impresión de que nos dejan fuera de circulación por un tiempo, considerando que tú y yo estamos creándoles problemas internos.

—Pienso lo mismo que tú —suspiró ella—. Creo que no iremos de vacaciones, Dan.

—Eso va a molestar mucho a Milton Barrow y a la doctora Scott —sugerí, preocupado.

—Lo sé. Si tú quieres, iremos a descansar. Pero yo no me siento cansada. Sólo aterrorizada, Dan. Eso es lo que ellos no entienden. No comprenden que somos seres humanos, no máquinas programadas. Tenemos sentimientos. Hemos perdido a un buen camarada para siempre. Y hemos vivido una experiencia atroz. Tenemos derecho a sufrir trastornos, alteraciones emocionales…

—Gala, diré a Barrow que no aceptamos su oferta —dije con firmeza, asintiendo a sus palabras y yendo hacia ella. Tomé su mano, oprimiéndola con calor—. Está decidido. No somos dos inútiles ni dos chiflados. Tendrán que creer en nosotros, les guste o no.

—¿Cómo convencerles? —ella movió la cabeza con desaliento—. Tú viste la grabación magnética de imagen a bordo. No aparecía nada. Sólo el negro vacío estelar. Ni rastro de… del Cementerio Cósmico. Nada. Oficialmente, estuvimos flotando en una zona lejanísima, en otra galaxia, en un lugar donde no había cosa alguna. Y Neil, simplemente, se perdió en el vacío al salir de exploración al exterior, y eso afectó nuestra mente, junto con el salto de la barrera luminosa. Es lo que ellos piensan.

—Pero no pudimos imaginar aquello. No fue una alucinación, Gala. Ambos lo sabemos.

—Lo sabemos tú y yo —sonrió ella con amargura—. ¿Y quién más, Dan? Nuestra única evidencia hubiese sido la grabación. Y en ella no hay nada. El Cementerio no se grabó en la cinta visual. Es como si nunca hubiera existido, salvo en nuestra imaginación. Personalmente, comprendo su posición. Es lógico que duden de nosotros. Nuestra historia es demasiado fantástica para aceptarla sin pruebas contundentes. Y esas pruebas, por la razón que sea, no existen.

Asentí. Gala tenía razón. Todos habían esperado a nuestro regreso la grabación de imagen que debía darles una nueva visión del Universo. Nosotros habíamos confiado ciegamente en terminar con su escepticismo cuando pasó la cinta magnética con la imagen captada por nuestros objetivos de TV a bordo. Y, de repente, ante nuestros atónitos ojos, esa cinta no había mostrado nada en absoluto. No había grabado forma viviente alguna, ni cuerpo alguno

que no fuese el nuestro y el de nuestra nave. Para los fríos objetivos de televisión y video de nuestra nave, el Cementerio Cósmico era una utopía siniestra que no había existido jamás.

—Si hubiera un medio de demostrarles que todo eso existió... —dije roncamente, paseando irritado por nuestro gabinete.

—Sabes que eso no es posible. Nunca podrás demostrarlo, Dan. No existió conexión visual entre la Tierra y nosotros, una vez salvada la barrera de la luz. Sólo acústica, y en breves y muy aislados espacios de tiempo, a causa de las dificultades de comunicación que la gran distancia producía en los contactos de por radio. No tenemos medio alguno de demostrar nada, desengáñate.

Bostezó, con mirada somnolienta. Tal vez el fármaco empezaba a hacer su efecto en nosotros. Yo también notaba sueño.

—Creo que será mejor irse a dormir, Gala —sugerí.

Ella afirmó con la cabeza, sin poder dominar un leve estremecimiento.

—¿Y si... si vuelve la pesadilla? —gimió, angustiada, aferrando mi mano.

Oprimí con calor y ternura sus dedos trémulos, su mano suave y fría. Traté de inculcarle confianza.

—No sucederá, Gala —dije—. Esta noche, no. La doctora Scott dice que dormiremos tranquilos. Tal vez sea cierto.

—Dios lo quiera, Dan —musitó, incorporándose lentamente—. Vamos a intentarlo.

Nos acostamos. Pronto conciliamos el sueño. Esa fue la primera noche en mucho tiempo que disfrutamos de un descanso reparador. No hubo pesadillas de ningún género.

Al día siguiente, me sentí más animoso para rechazar al propio Milton Barrow, en su despacho de alto ejecutivo de la NASA, su ofrecimiento de unas nuevas vacaciones.

No le gustó demasiado nuestra decisión, pero la encajó bien. Luego, me explicó que en ese caso, podríamos asistir a la conferencia que se daría días después en la Base, con asistencia de un importante miembro de la Confederación Europea de Astronáutica, llamado Ludo Galio. Iba a hablar sobre vuelos espaciales de años-luz y toda la temática referente a esa clase de experiencias. Al parecer, era una personalidad en tal sentido.

Yo acepté, en nombre mío y de Gala, para acudir a la conferencia y conocer al tal Ludo Galio. En ese momento, ignoraba totalmente 'a trascendencia que en nuestro futuro iba a tener tal decisión.

3

LUDO Galio era un personaje extraño.

Muy alto, de sorprendente estatura, delgado, rostro anguloso, ojos oscuros y cabello muy negro, lucía un uniforme negro, de material sedoso, brillante, con el emblema de la Confederación Europea de Astronáutica. Desde que los países de Europa formaban una Confederación, el equilibrio tecnológico con los Estados Unidos se había producido paulatinamente. Ludo Galio era una prueba de ello. Estaba considerado el primer astronauta mundial, y al parecer había motivos sobrados para ello, dado su brillante historial.

A sus escasos treinta y cinco años, había batido todas las marcas de vuelos espaciales, desde la Luna y Mercurio hasta el lejano y enorme Júpiter. Una primera experiencia europea de velocidad superlumínica, había tenido a Ludo Galio por inevitable protagonista. La experiencia fracasó, y Galio estuvo a punto de perecer en la distorsión física de la nave superlumínica utilizada. Pero su habilidad, recursos y sangre fría le salvaron del desastre, pudiendo regresar sano y salvo a la base. Ahora, creía tener resueltos los problemas iniciales de su experiencia, y estaba dispuesto a emprender un nuevo vuelo más allá de la barrera de la luz, a velocidad suficiente para alcanzar otros sistemas solares y estrellas en breve espacio de tiempo.

La conferencia fue un éxito. El anfiteatro de la NASA estaba repleto de expertos, técnicos y astronautas, que siguieron su disertación con sumo interés. Galio había llegado a tomar imágenes de su propia distorsión y de la de su nave superluminosa, en el momento del casi inevitable desastre. Cuando las proyectó, un escalofrío de horror y de admiración nos sacudió a todos. Jamás habíamos visto a un hombre más cerca de la desintegración total,

convertido en simples particular desgarradas de sí mismo.

Sin embargo, él estaba allí, exponiéndonos fría y razonadamente sus dramáticas experiencias, con una sonrisa en sus labios y un destello vivaz e intenso en sus oscuros ojos. Una cerrada ovación acogió el fin de su conferencia.

Gala y yo salimos de allí, como todos los demás, comentando vivamente los detalles de la charla y de las grabaciones de video contempladas. Era tarde ya, y optamos por entrar en el restaurante automático para servirnos algo de cenar, antes de dirigirnos a la cama.

No había mucha gente en el automático. Solamente personal de servicio de la Base, con sus uniformes o «monos» azules y sus placas plásticas de identificación colgando del pecho. Gala y yo nos servimos sendas bandejas de alimentos, y ocupamos una mesa aislada. Estábamos a media cena cuando ya los demás comensales, presurosos por tener que entrar de servicio, nos habían dejado absolutamente solos en la bien iluminada sala destinada a comedor. Las máquinas con diversos platos de alimentos alineados tras los paneles de plástico, ocupaban toda una pared del recinto. Sus luces comenzaban a apagarse, dando por terminada la hora de servicio.

En ese instante, entró un nuevo comensal. Llegó justo a tiempo de tomar una bandeja y servirse una ensalada, un emparedado y una cerveza. Gala y yo le miramos, sorprendidos.

Era Ludo Galio en persona. Alto, delgado, enlutado. Con su bandeja, cruzó la amplia sala. Parecía que buscaba una mesa concreta entre el centenar largo de ellas que llenaban el local. Al final, la encontró sin duda, y fue hacia ella.

Era nuestra mesa. Venía directo hacia nosotros, con una vaga sonrisa en sus delgados y pálidos labios.

—¿Les importa? —preguntó, parándose ante nosotros—. ¿Puedo sentarme con ustedes?

Asentí, todavía sorprendido. Nadie nos había presentado al notable astronauta europeo. El, sin embargo, se acomodó entre nosotros, a un extremo de la mesa, depositando ante sí la bandeja con el frugal refrigerio.

—Ha llegado un poco tarde —le advertí—. Pero podríamos pedir a la máquina algo más sólido para usted. A veces, hasta las máquinas hacen excepciones...

—No, gracias —rechazó afablemente—. Soy hombre de poco comer. Sobre todo cuando estoy cansado. Ahora me encuentro así, después de esa conferencia. Gracias por admitirme en su mesa, teniente Darek.

Me llevé un sobresalto. Aparté el tenedor de mi boca y miré a Gala. Luego, le contemplé a él, que aliñaba su ensalada sin prisas.

—¿Me conoce? —indagué, sorprendido.

—Claro. Teniente Dan Darek. Y su esposa, Gala Darek, primer oficial astronáutico. Son los únicos que han ido y vuelto más allá de la velocidad de la luz —sonrió.

Tragué saliva. Ignoraba que nuestro viaje hubiera trascendido tanto, fuera de las fronteras americanas. Sabía por experiencia que la NASA no había sido demasiado explícita con él, dado que lo consideraba fracasado en parte. Pero Ludo Galio conocía muy bien sus detalles, al parecer.

—Es halagador que un hombre como usted sepa de nosotros —comenté.

—¿Por qué? —rechazó con un gesto—. Yo no hice nada. No pude salvar la barrera. Ustedes, sí. Estuvieron en otra galaxia. Emplearon dos meses en un viaje que hubiese llevado siglos. Virtualmente, quintuplicaron la velocidad de la propia luz.

—Una vez rebasada la velocidad límite, ya todo parece posible —me encogí de hombros—. Es la máquina, el combustible, los que hacen el prodigio, no nosotros.

—Se equivoca —replicó él, moviendo la cabeza de un lado a otro y mirándome con sus profundos y extraños ojos negros, perdidos en la palidez angulosa de su largo rostro—, Ustedes fueron los artífices del milagro. Como ocurre siempre en un viaje que rebasa la velocidad de la luz, existe un punto de distorsión infinita de la materia, que puede provocar la destrucción total de todo lo físico. Salvaron ese momento con mucha brillantez, me consta.

—No creí que la NASA hubiera sido tan minuciosa en dar detalles del viaje.

—No lo fue —rió entre dientes—. Tengo mis propias fuentes de información, teniente Darek. Debo confesarle que me fascina viajar más allá de la luz. Estoy ansiando intentarlo de nuevo. ¿Ustedes no?

Me estremecí. Instintivamente, Gala y yo cambiamos una mirada.

—No —dije roncamente—. Creo que no nos gustó la experiencia, señor.

—Entiendo —los ojos negrísimos de Ludo Galio centellearon llenos de vitalidad—. El Cementerio Cósmico.

Esta vez sí nos quedamos helados mi mujer y yo. Perplejos, centramos nuestra mirada en Ludo Galio. El astronauta europeo sonreía vagamente, mientras ingería ensalada con calma. Luego, tomó un sorbo de cerveza.

—¿Cómo? —murmuré—. ¿Quién le ha dicho...?

—Ya le dije que tengo mis fuentes de información —me calmó a medias con su sonrisa cortés—. La NASA no ha contado nada de eso. No sé si lo considera top secret... o no quiere admitir que su informe sea fidedigno, teniente Darek.

—Más bien eso último —dije amargamente—. Pero usted no puede saber...

—Ya ve que lo sé —dijo, mirándome con frialdad—. Y sí creo en su relato. Estoy seguro de que existe su Cementerio Cósmico de más allá de la barrera de la luz.

—Es la primera persona que dice algo así.

—Lo imagino. La gente no admite con facilidad algo que no tiene explicación, a menos que haya pruebas de ello. Y ustedes no tienen esas pruebas...

—No, no las tenemos. El video falló. No captó imagen alguna.

—¿Fallo técnico? —sugirió Ludo Galio suavemente.

—No —negué—. Hay imágenes nítidas, perfectas. Todas son de estrellas, nebulosas y simple vacío. Ni rastro de cuanto nosotros vimos allí.

—De modo que algo ha borrado la imagen del video... sin borrar el resto.

—Resulta difícil de admitir. Pero tuvo que ser así, o mi esposa y yo nos volvimos locos.

—No parece esa la explicación. Ni ustedes la creen, ¿verdad?

—No —negué con firmeza—. Sé que vimos todo aquello. Que estuvimos en un lugar horrible, donde todo era muerte y silencio, pero donde había algo o alguien que nos acechaba, que destruyó a nuestro compañero, Neil Rogers... Pero es difícil de aceptar que todo eso ocurriera, comprendo el escepticismo ajeno.

—Yo sí les creo.

—¿Usted? —le miré, dubitativo—. ¿Por qué tendría que creernos?

—Digamos que es simple instinto. Sé intuir lo que es cierto y lo que no, lo que se imagina y lo que realmente existe. Por eso estoy ahora aquí, en esta mesa con ustedes.

—Temo no entender...

—He venido a hacerles una proposición a ambos —dijo con serenidad, apartando la ensalada sin apenas haberla probado.

—¿Una proposición? —le miré asombrado—. ¿Qué clase de proposición, señor?

El dio un bocado al emparedado. Tomó otro sorbo de cerveza. Dejó luego el sandwich en el plato, y se inclinó hacia nosotros, retirando la bandeja.

—¿Quieren volver al Cementerio Cósmico? preguntó.

Volver allí...

Dios mío. La temida pesadilla. El horror presentido. Lo que más pánico podía causarnos. La idea más alucinante, la que siempre he rechazado con angustia, la que me hizo tomar la decisión de anunciar a mis superiores de la NASA que nunca, nunca, volvería a intentar salvar la barrera de la luz, por miedo a regresar.

Miedo a regresar a aquel lugar alucinante, terrorífico. Miedo a volver a vivir algo semejante, a saber qué fue exactamente de Neil Rogers, a enfrentarme otra vez a... a aquello.

No, no. Eso nunca. Es lo último que haría en mi vida. Y menos aún con Gala a mi lado, exponiéndola a ella a sufrir la misma espantosa suerte de nuestro camarada Neil, la que estuvimos a punto de seguir en aquella aventura dantesca e imborrable que ha sembrado el miedo y la desesperación en nuestras mentes.

Y ahora, de pronto, un hombre desconocido, un ser al que nunca habíamos visto antes de ahora, nos hacía la terrible proposición.

Volver al Cementerio Cósmico...

Volver allí.

Al horror. A lo indescriptible. A lo delirante.

—No, no... —fue mi ronca respuesta, cuando pude articular alguna palabra—. Eso jamás, Ludo Galio. Jamás, ¿entiende? ¡Por nada del mundo volvería nunca a ese lugar! Ni siquiera sé dónde está, cómo llegar a él... Pero aunque lo supiera, aunque mi vida dependiera de ello... no volvería. Bajo ningún concepto. No volvería

jamás.

—Está bien —había murmurado Ludo Galio suavemente, mirándome entre perplejo y pesaroso—. Respeto sus sentimientos y su decisión, teniente Darek. Mañana me marcho de esta Base. Regreso a Europa. No volveremos a vernos. No tiene de qué preocuparse. Nunca más volveré a hablarle de ello, amigo mío… Lamento haberles causado a ambos esta molestia. Deben perdonarme.

Se ausentó del restaurante sin que Gala ni yo hubiéramos podido articular una despedida siquiera. Le vimos abandonar la bien iluminada sala del comedor, y perderse en las luces y sombras del recinto vallado de la NASA.

Pero el fantasma de su fantástica proposición parecía quedarse allí, entre nosotros, con los restos de su emparedado y su ensalada. Como algo vivo y tangible que despertara nuestro pánico.

Habíamos perdido totalmente el apetito. En silencio, como de común acuerdo, nos pusimos en pie y salimos del recinto. Las últimas luces del comedor automático se apagaron tras de nosotros. La puerta se cerró suavemente, por sí sola, y un mecanismo empezó a retirar los servicios de las mesas.

Regresamos a casa con lentitud, respirando el tibio aire de la noche estrellada. Miré allá arriba, a los astros que brillaban en el negro cielo, y me estremecí. Recordé que allí, en alguna remota parte de ese confín vacío, existía algo llamado el Cementerio Cósmico.

Algo que había marcado nuestras vidas para siempre. Y aunque no quería recordar, aunque me aterraba la sola idea de evocar un instante de aquel pasado escalofriante, lo cierto es que ahora, bajo la bóveda de estrellas, camino de nuestros alojamientos, con la yerta mano estremecida de Gala entre las mías, recordé…

Evoqué, punto por punto, nuestra trágica historia más allá de la velocidad de la luz…

* * *

—¡Mirad! —había exclamado Neil Rogers con sorpresa—. ¡Señales en la pantalla de radar y de sonar!

Gala y yo dirigimos una mirada indiferente a las dos verdes pantallas circulares correspondientes ahora al campo visual de nuestra nave. Neil tenía razón. Una serie de puntos luminosos

parpadeaban en ambas pantallas, coincidiendo matemáticamente la una con la otra.

—Algunos cuerpos sólidos se hallan en nuestro camino —asentí, contemplando el rectángulo celeste a través del visor de nuestra cabina de mandos, cómodamente retrepado en mi asiento—. Pueden ser meteoritos o algo parecido, Neil.

—O un simple campo magnético —señaló Gala, haciendo unas anotaciones en su cuaderno de bitácora—. Es mucho lo que ignoramos sobre estos confines del Universo en que nos hallamos.

Eso era bien cierto. Salvar la barrera de la luz había sido una gesta no por soñada y esperada menos excitante. Tras unos momentos de angustiosa incertidumbre, cuando comenzamos a distorsionarnos nave y tripulantes en una deformación provocada por el fenómeno de superar la velocidad de la luz con nuestra nave especial fotónica, por suerte para todos no se produjo el temido desintegramiento físico, y pudimos saltar a lo que yo llamaba un poco ambiguamente «el otro lado» como si ello significara salvar la frontera de otra dimensión. En realidad, creo que todos nos sentíamos así dentro de la nave Galax cuando supimos que navegábamos por el vacío mar espacial, negro y tachonado de astros y galaxias, a velocidad que pronto duplicó y triplicó la de la propia luz, subiendo gradualmente en intensidad hasta ser menos que una chispa cruzando el infinito. La máxima aspiración del hombre, el sueño dorado de la conquista auténtica del espacio, estaba cumpliéndose en esos momentos, y nosotros éramos los oscuros héroes capaces de la gesta tecnológica y humana. Ahora sí. Ahora, el Hombre ya podía alcanzar fácilmente lejanas galaxias, remotos confines, mundos ignotos, horizontes inimaginables. La puerta estaba abierta. Nosotros habíamos hecho saltar la gran cerradura.

—¿A qué distancia podemos estar ya de la Tierra? —indagó Neil, fascinado, con sus azules e ingenuos ojos clavados en el vasto panorama cósmico.

Consulté unos datos. Casi me sentí sobrecogido al explicarlo:

—Estamos alcanzando una velocidad tan fabulosa, oficial Rogers —dije con la solemnidad de mi cargo de comandante de vuelo—, que nos hallamos a un par de años-luz del planeta Tierra y, por tanto, de todo nuestro Sistema Solar. Como nuestra velocidad

superlumínica va elevándose al cuadrado por sí misma, en una progresión creciente, dentro de pocas horas cruzaremos cerca de Alfa Centauro, situada a cuatro y medio años-luz de la Tierra.

—¡Cielos! —se maravilló Neil—. Según esa progresión creciente de velocidad, ¿podremos llegar a Andrómeda alguna vez?

Sonreí, encogiéndome de hombros. Neil era un soñador. Estaba tratando de llegar demasiado lejos.

—Tal vez sería posible —admití—. Pero no figura entre nuestras instrucciones prolongar tanto este viaje. Aunque sólo nos llevase una semana alcanzar la fabulosa distancia de dos millones de años-luz que separan la Tierra de Andrómeda, eso no nos sería posible intentarlo, por falta de combustible y por exceso de distancia. Arriesgarnos demasiado lejos, implica dos riesgos ciertos, oficial Rogers: uno, perdernos en el vacío para siempre, sin posible retorno a nuestro mundo. Otro, morir reventados por la constante aceleración elevada al cuadrado. Pese a los materiales de que está construido el Galax, eso podría suceder si viajamos a mil años-luz diarios de velocidad, pongamos por caso. Y ni aun así sería posible llegar a Andrómeda. No, no creo que merezca la pena pensar en eso. Tendrá que conformarse con ver de cerca de Rigel, Betelgeuse o Antares, que tampoco está nada mal.

Las señales luminosas en el radar y sonar desaparecieron en breve. Tal vez habíamos cruzado todo un sistema solar de enormes proporciones en sólo unos segundos de vuelo. Nunca lo sabríamos a ciencia cierta. Nuestra velocidad era tan increíble, que hasta las magnitudes cósmicas quedaban empequeñecidas. Me preguntaba si la nave soportaría tal prueba, pese a todas las precauciones adoptadas antes del gran salto.

—¿Se puede reducir la velocidad cuando lleguemos a algún punto de interés en el espacio? —quiso saber Neil.

—Sólo durante muy breve tiempo, el preciso para captar con la cámara exterior de video su imagen y tomar en la computadora los datos para su posterior análisis —expliqué—. Tiene que ser algo realmente magnífico y excepcional para que reduzcamos la velocidad dentro de unos límites razonables, aunque siempre sin bajar de la mínima de ciento ochenta y seis millas por segundo que es el límite de la luz.

Mi primer oficial asintió, mientras Gala, imperturbable,

continuaba anotando los datos científicos y técnicos en su cuaderno de bitácora, divertida en parte por las ingenuas y entusiastas preguntas de Neil Rogers, un astronauta demasiado joven e inexperto para formar parte de una expedición como la nuestra. Pero la suerte le había elegido a él para este viaje a última hora, cuando el designado para el vuelo, astronauta Jeffrey Talbot, enfermó repentinamente, y su suplente, Mike Haggard, sufriera días atrás un accidente que le causó la fractura de un brazo. Decididamente, yo pensaba entonces que Neil tuvo suerte, dada su juventud e inexperiencia, en gozar de un privilegio así. Aún no sabía lo que el destino nos reservaba a todos.

En un fantástico desfile, único en el Universo, nuestros maravillados ojos fueron viendo pasar ante nuestra nave, estrellas deslumbrantes y remotas, como Alfa Centauro, Sirio, Altair, Vega, Capella, Arturo…

Y así hasta encontrarnos a nuestro paso con el destello cegador y maravilloso de cuerpos celestes como Beta Centauro, Alfa Crucis, O Cruz del Sur, Antares, Rigel, Betelgeuse…

Estábamos rebasando los seiscientos años-luz de distancia de la Tierra. Y seguíamos en velocidad creciente, siempre elevándose al cuadrado por sí misma, en una multiplicación constante y prodigiosa.

De repente, ocurrió.

Uno de los mecanismos de a bordo emitió un raro zumbido. Sonó luego un chasquido, y brotó un torrente de chispas de unos controles. Las luces de a bordo oscilaron, y notamos la sacudida violenta de la nave. Nuestros cuerpos no fueron lanzados contra sus muros, gracias a las fuertes bandas de plástico y metal que nos sujetaban a los asientos.

—¡Cielos! ¿Qué ocurre? —gritó Neil Rogers, alarmado.

—Una avería —sonó la voz serena de Gala—. En el sistema fotónico. Creo que empezamos a perder velocidad, Dan.

Era cierto. El indicador de velocidad superlumínica descendía vertiginosamente. Titiló la luz roja de alerta a bordo. El chisporroteo continuaba en las máquinas, y Neil empuñaba ya el extintor especial. Yo puse en funcionamiento los mandos manuales, aunque con aquellas velocidades resultaba muy difícil manejarlos acertadamente.

—Nos desviamos, además —señaló Neil—. Mire, comandante.

Miré hacia la pantalla luminosa del mapa celeste donde un punto luminoso verde marcaba nuestra situación. Era cierto. La nave empezaba a trazar una curva hacia el nordeste, desviándose de la ruta trazada, por la computadora de a bordo, previamente.

—Maldita sea —gruñí—. Esto puede lanzarnos a puntos insospechados del Universo, y extraviarnos en algún confín para siempre... Neil, en cuanto haya extinguido ese fuego, ocúpese de revisar los reactores y ver a qué se debe la desviación. Mis mandos funcionan correctamente. No puedo entender qué motivo hay para desviarnos de la ruta programada.

—Yo sí —dijo bruscamente Gala con voz tensa—. Mira eso, Dan. En la pantalla de radar, por favor.

Miré hacia allá. Neil también lo hizo, intrigado.

Me sentí perplejo. Nunca había visto nada así. No eran puntos de luz en la pantalla, como habitualmente se detectan los cuerpos sólidos situados en nuestro camino, que luego, matemáticamente, eludía la nave, gracias a las correcciones automáticas de la computadora.

Era un haz de luz verde, cubriendo una zona de la circunferencia, entre dos radios. Calculé que era un sector aproximado de un millón de millas el que abarcaba aquella gigantesca onda captada por el radar. Miré el sonar. Permanecía invariable. Aquella señal no emitía sonido alguno, ni siquiera de aquellos que se pierden en el vacío por falta de ondas sonoras. Nuestro sonar estaba ideado para captar sonidos originados en el vacío absoluto, sin propagación posterior. Fuese lo que fuese la fuente de esa señal en el radar, no tenía sonidos originarios de ninguna clase.

—No lo entiendo... —murmuré—. Esa señal... Nunca la vi antes de ahora, Gala.

—Yo tampoco —confesó ella—. Es como si una inmensa fuerza cubriese toda la zona en que navegamos ahora.

—En el mapa celeste, esa señal cubre los cuadrantes nor-nordeste seis punto cuatro y nor-nordeste once punto tres —señaló Neil muy alterado—. Justamente el mismo sector hacia el que se desvía nuestra nave...

Yo había empezado a darme también cuenta de eso, y no me

gustó la idea. Probé los mandos electrónicos y manuales sin resultado. La nave seguía su ruta alterada, justo en la dirección que Rogers había indicado. No respondían los mandos. No logré enderezar el rumbo lo más mínimo.

—Veré esos reactores —dijo Neil, desapareciendo por una puertecilla de la cabina—. De paso, comprobaré el nivel de combustible y la existencia de alguna posible avería en los sensores de ruta y actividad motriz.

Gala y yo nos quedamos solos en la cabina de mandos. Ella me miró inquieta.

—Estamos navegando hacia donde esa fuerza motriz nos lleva —dijo, apuntando el dato en su cuaderno—. ¿Qué clase de energía puede existir para atraer a una nave que sobrepasa en mil veces la velocidad de la luz?

—Teóricamente, ninguna —suspiré—. Pero existe en alguna parte, es evidente. Es como un imán gigantesco suspendido en el vacío. Cada vez nos atrae con más fuerza. Hay un bloqueo en los controles que nos impide manejarlos. No sé si es avería o esa fuerza está afectando a los mecanismos de a bordo.

Gala no dijo nada. Intentó el contacto por radio con la base de seguimiento terrestre. Empeño inútil. Un caos de interferencias y zumbidos brotó por el receptor-emisor. Ella renunció tras varios intentos a hacerse oír o captar alguna voz remota.

—Estamos incomunicados, además —señaló amargamente, empezando a asustarse.

Asentí. Era preciso mantener la calma aunque estuviéramos yendo derechos a nuestro holocausto.

—Este campo magnético es muy poderoso —dije—. Sin duda es el que interfiere toda posible comunicación. Pide información a la computadora, tal vez nos aclare algo.

Gala introdujo rápidamente información completa de los fenómenos de a bordo en la ranura de la máquina. Tecleó, grabando en su «memoria» los datos de nuestra posible avería, cambio de rumbo, cifras exactas del mismo y todo cuanto obraba en nuestro poder. La computadora funcionó. En su pantalla asomaron letras de un verde fluorescente. Era su respuesta.

No nos servía de gran cosa. La máquina estaba tan desorientada como nosotros.

PODEROSO CAMPO MAGNÉTICO ANULA MECANISMOS DE FUNCIONAMIENTO A BORDO Y ATRAE NAVE HACIA PUNTO DESCONOCIDO. CAREZCO DE DATOS PARA CONCRETAR MÁS.

—Bendita máquina —gruñí—. ¿Esa es la maravilla que podía orientarnos y resolver problemas en cualquier momento?

—Es sólo eso, Dan —me recordó Gala—. Una máquina, no un mago.

Neil volvió momentos después. La desviación continuaba. Íbamos derechos hacia el corazón mismo de aquel gigantesco campo magnético, sin remedio posible. Su informe tampoco aclaró nada.

—Todo funciona normalmente en los reactores. Algo bloquea su ruta y sus circuitos programados y arrastra a la nave hacia un punto determinado. Se ha averiado el control electrónico de dos de ellos, pero los otros tres funcionan con normalidad. Es como si hubieran recibido una descarga demasiado poderosa de energía para su estructura.

—Energía, campo magnético, fuerza de atracción… —repetí, mirando ceñudo el negro vacío salpicado de remotas estrellas, en el visor de la cabina—. No me gusta esto. ¿Adonde diablos nos arrastra esa fuerza misteriosa?

Pronto íbamos a saberlo.

Estábamos en marcha hacia el horror.

Hacia el Cementerio Cósmico.

4

EL Cementerio Cósmico.

Estaba allí. Ante nosotros. Pero yo todavía no sabía siquiera lo que ello podía ser. Gala y Neil lo contemplaban tan fascinados como yo.

—Diablo... —murmuró nuestro compañero de vuelo—. ¿Qué es eso, señor?

Suspiré, meneando la cabeza con desaliento.

—Me gustaría poderle contestar, oficial Rogers —dije secamente —. Estoy tan enterado de ello como usted.

—Pero... pero ¡es algo fantástico, señor! —exclamó Neil, admirado.

Fantástico. Sí. Esa era la palabra. Tuve que admitir que él tenía razón al calificarlo así.

Resultaba difícil de describir. Casi imposible. Había que verlo para asombrarse y maravillarse ante su magnitud. Era como asomarse a otro Universo donde las cosas no eran, no podían ser iguales.

En principio, pensé si podía ser un gigantesco, titánico parking establecido en pleno espacio. Al menos, lo parecía.

Cientos, acaso miles de naves, restos de naves, chatarra cósmica de supernavíos espaciales de remotas y desconocidas civilizaciones, mucho más inteligentes y avanzadas que la nuestra, a juzgar por el aspecto de sus navíos siderales, formaban una especie de «mar de los Sargazos» interplanetario.

Suspendidos en el vacío negro absoluto, en aquel recóndito lugar del Cosmos, esos miles de naves o residuos maltrechos de ellas, flotaban silenciosas, quietamente, en una inmovilidad quizás de siglos o de milenios. Como si misteriosas corrientes espaciales de

aquel océano oscuro, tachonado de astros rutilantes. hubiesen ido empujando inexorablemente aquella masa de desperdicios cósmicos hasta formar un increíble, fabuloso cementerio de vehículos espaciales.

—Es... es asombroso —murmuré, moviendo la cabeza con perplejidad—. Me recuerda un cementerio de elefantes en el interior de África... o uno de coches en las afueras de una gran urbe terrestre. Sólo que aquí son elefantes de metal, colosos artificiales llegados de muchos mundos distintos...

—Los dinosaurios de una prehistoria cósmica —apuntó Gala en un comentario atinado—. Eso es lo que me recuerdan.

Asentí. Era una imagen expresiva la que ella había utilizado. Lo mismo que las eras glaciales habían causado el fin de las grandes especies antidiluvianas, aquel panorama tenía mucho de la grandeza y miseria de un mítico cementerio de mamuts o de dinosaurios que se arrastraran en su agonía hasta agruparse en un cementerio fabuloso e increíble.

—Pero ¿qué les condujo hasta aquí? —se sorprendió Neil, absorto.

—Supongo que lo mismo que a nosotros —dije sordamente—. Esa fuerza magnética los absorbió hasta esta zona.

—¿Y después?

Me encogí de hombros. Esa pregunta implicaba muchas incógnitas bastante inquietantes. No quería pensar que aquellas naves hubieran llegado hasta allí tripuladas por seres vivos. Porque eso significaría que también nosotros podíamos terminar, como todos los demás, sentenciados a una eternidad en aquel cementerio espacial.

—No sé —traté de divagar—. Es posible que sus ocupantes ya estuvieran muertos al ser absorbidos hasta este punto.

—¿Y si no lo estaban, Dan? —me sugirió Gala sombríamente.

La miré. Era justamente la pregunta que no deseaba oír. Volví a dejar vagar mis ojos por el fantástico panorama que se veía en la pantalla del visor. Una especie de inmensa plataforma formada por restos de supernaves espaciales de origen desconocido. El cementerio de los dinosaurios de la técnica.

—Entonces... —respiré hondo—. Que Dios nos ayude, Gala.

Nos habíamos detenido bruscamente. Eso era grave para

nosotros. Los reactores estaban inmóviles, la nave flotaba en aquel vacío negro y siniestro, junto al gran cementerio silencioso. Una fuerza desconocida había bloqueado los reactores y la supervelocidad.

—Si nos quedamos mucho tiempo parados aquí, es posible que nunca volvamos a navegar, salvo a velocidad convencional —señalé, preocupado.

—Eso significaría no volver nunca más a la Tierra, señor. —murmuró Neil Rogers con alarma.

—Exacto. Significaría quedarse en una zona del Universo que desconocemos, a casi setecientos años-luz de distancia de nuestro planeta. Quizás sin ningún mundo lo bastante cercano para posarnos con la nave. No me gusta esto.

—A mí tampoco —confesó Gala, mirando fascinada hacia el enorme cementerio cósmico—. ¿Qué vamos a hacer, Dan?

—Intentar salir de aquí como sea —manifesté con aspereza.

—¿Sin explorar ese cementerio de naves? —se lamentó Neil.

—Oficial Rogers, esa exploración podría ser sumamente peligrosa. Estamos en un ámbito del Universo que nos es perfectamente desconocido. Extraviarnos aquí, sería funesto. Enfrentarnos a algún peligro, quizás irremediable.

—Lo sé, señor. Aun así, me gustaría explorar ese cementerio.

Le estudié en silencio. Era joven e impulsivo. La clase de astronauta que nunca hubiera querido tener a bordo de una nave capitaneada por mí. Pero estaba allí, y eso nadie podía cambiarlo.

—A mí, también —le confesé—. Pero no me atrevo.

Pareció decepcionado. Regresó a su tablero, enfrascándose en la tarea de intentar descubrir la clase de energía que nos mantenía fijos en aquel punto, sujetos a un influjo ajeno, mientras yo tecleaba en la computadora, intentando saber el punto exacto del espacio en que nos hallábamos.

Una vez más, la máquina nos defraudó con su respuesta:

ALTERADO RUMBO Y VELOCIDAD, LOS DATOS SON INSUFICIENTES Y CONFUSOS. IMPOSIBLE LOCALIZAR PUNTO DE SITUACIÓN EXACTO NI APROXIMADO.

—Para esto, no necesitaba computadoras —me quejé—. Está tan a oscuras como nosotros mismos, Gala.

Ella asintió, mientras realizaba una serie de cálculos en su

pequeña computadora de bolsillo. Al final lanzó un suspiro y meneó negativamente la cabeza.

—La microcomputadora tampoco aclara nada —se quejó—. Es como si algo estuviese interfiriendo sus circuitos.

—Algo que posiblemente esté ahí —dije, señalando la vasta extensión de naves inmóviles que formaban aquel mar de sargazos espaciales—. ¿Pero qué es y dónde está?

Eran tantas las naves inertes y silenciosas, que hubiera resultado imposible localizar una en concreto. Formaban un amasijo denso e interminable. De repente, tuve una idea.

—Oficial Rogers, aproxime la visual de la pantalla —pedí—. Acerque la imagen hasta una ampliación máxima.

—Sí, señor —afirmó Neil, manipulando los controles.

En el visor, una especie de rápido zoom acercó vertiginosamente la imagen hacia nosotros. De momento, logramos una visión borrosa de detalle. Pedí mayor nitidez de imagen a Neil. El muchacho la logró, realizando una panorámica total sobre la masa de naves inútiles.

Descubrí cuerpos metálicos plastificados con desgarros y grietas profundas, en cuyo interior sería in duda imposible sobrevivir, al haberse roto el equilibrio de la presión interna. Otras naves estaban intactas o simplemente abolladas. Pero la imagen se centró, de repente, en una supernave de enormes proporciones que ocupaba el centro mismo del gran núcleo funerario.

Lancé una sorda imprecación y me precipité con rapidez hacia la pantalla.

—¡Diablos ¿,Qué es eso'? —pregunté con voz alterada. señalando un punto de la imagen.

Gala y Neil miraron en la misma dirección. Creo que estaban tan excitados como yo mismo cuando descubrieron la supernave central, la que parecía tener en torno suyo, adherido con un denso anillo, a los cientos o millares de restantes naves muertas.

—Parece... —comenzó Neil Rogers. sorprendido—. Pare ce un...un...

—Un sarcófago —remachó Gala, con un estremecimiento.

Asentí. Era lo mismo que yo había pensado al ver la forma gigantesca, oblonga, flotando en el negro vacío.

Tenía la misma forma de un féretro. Pero con los adornos y

relieves propios de un viejo sarcófago. Sólo que había sido una nave de ingentes proporciones, dotada de doble hilera de ventanillas circulares, correspondientes a sus dos pisos. Calculé que dentro de aquella inmensa nave podían haber viajado muy bien hasta quinientos pasajeros con toda amplitud. Nunca en la Tierra había existido una nave espacial tan gigantesca. Su color era de una tonalidad extraña mezcla de azul y plata, con trazos negros en sus flancos, que parecían formar parte de grandes signos cabalísticos.

A su alrededor, como las moscas acuden a una gran tela de araña, se habían ido agrupando las demás naves. Esa idea de la tela y la araña no me gustó. Sin saber la razón, logró inquietarme.

—Vamos a intentar salir de aquí cuanto antes —dije con energía —. No me convence seguir en este lugar. Hay algo siniestro en él. Y no sé lo que es...

Neil no dijo nada. Gala se limitó a asentir. Ambos trabajaban activamente, intentando sacar a la nave de aquella especie de silenciosa trampa en que había caído. Pero los sistemas de propulsión seguían paralizados, las comunicaciones con la Tierra interferidas y nosotros suspendidos del vacío, aproximándonos muy lentamente, no sabía si por inercia o por simple fuerza gravitatoria, a la masa de naves inertes, como una víctima más camino de su inexorable cementerio.

Minutos más tarde, agotados los recursos y comprobada la inutilidad de todos los esfuerzos que pudiéramos realizar, me sublevé contra la idea de terminar mis días arrinconado en aquel remoto reducto fúnebre, como un triste y moribundo dinosaurio más.

Pegué un puñetazo en los tableros, haciendo que mi mujer y el oficial Rogers me mirasen sobresaltados, sin comprender la razón de mi agresividad.

—¿Qué ocurre ahora, Dan? —se alarmó ella.

—Nada. Sencillamente, estoy harto de este maldito juego. No quiero quedarme aquí y morir lentamente, pegado a ese montón de chatarra espacial —dije abruptamente.

—¿Qué otra cosa podemos hacer ahora? —se quejó Neil Rogers —, Lo hemos intentado todo para salir de aquí...

—Voy a visitar ese cementerio —dije, encaminándome a la cabina de indumentarias espaciales—. Vosotros dos, quedaos a

bordo.

—¡Dan! —se preocupó Gala—. ¿Eso es prudente?

—Me temo que por alguna razón, hemos sido arrastrados. conducidos a esta zona del Cosmos, para ser arrumbados como tantas otras naves, y morir lentamente, cuando nuestras provisiones e hidratos se agoten. Este cementerio de naves sería, también, nuestro propio cementerio, Gala. Y no estoy dispuesto a eso.

—Es arriesgado salir solo —apuntó Neil—. ¿Por qué no vamos dos y uno queda aquí al cuidado del Galax? No sabemos lo que puede encontrarse ahí, entre esas naves. Este cementerio gigantesco tuvo que comenzar de alguna forma, por alguna oscura razón...

—Eso es lo que quiero saber —asentí, ya con la mano en el picaporte del armario de ropajes para salidas al espacio exterior—. No me gustan las incertidumbres. Prefiero enfrentarme a un peligro cierto, tangible, que ignorar lo que me espera. De todos modos, seré yo solo quien explore inicial-mente este cementerio. Usted, oficial Rogers, se quedará al mando de la nave, junto con mi esposa.

—Sí, señor —obedeció disciplinadamente el joven—. A sus órdenes.

—Procuraré mantener el contacto por radio con vosotros —dije —. Utilizaré la frecuencia especial de onda. Dada la corta distancia y la nitidez de sonido confío en que las interferencias de esa fuerza magnética no intercepte los mensajes. En todo caso, aunque es muy dudoso que en estas latitudes alguien hable nuestra lengua, utilizaremos el código tres para cambiar impresiones, ¿de acuerdo?

—Código tres —asintió Neil—. De acuerdo, señor. Y buena suerte.

—Dan, ¿no seria mejor que fuéramos los dos juntos? —me pidió Gala.

—No —negué—. Shora, no. Será mejor así. Yo solo. Es la primera exploración. Según lo que encuentre allí, veremos lo que se hace. Pero no antes.

Gala aceptó mis indicaciones sin más objeción. Momentos después, estaba vestido con mi rojo traje espacial, dotado con los emblemas de la NASA y la bandera de los Estados Unidos, así como mi nombre e identificación en una tarjeta plástica injertada en el hermético material climatizado. Tras la escafandra era posible ver y oír en las peores condiciones, gracias a la perfecta instalación

interior de la misma, incapaz de empañarse o de ser obstaculizados sus sistemas acústicos.

Me aseguré de que llevaba mi lámpara, mi arma y mi sensor de emergencia. Me dirigí al compartimento estanco por el cual se salía al espacio exterior directamente. Gala apretó mi brazo sobre el recio pero liviano material. Le sonreí.

—Animo, querida —dije, con mi voz metalizada por el sistema acústico—. Volveré sano y salvo, estoy seguro.

—Ten cuidado —me pidió emocionadamente—. No te arriesgues lo más mínimo. ¿Llevas en funcionamiento la minicámara de video de tu traje.

—Sí —afirmé—. Recibiréis imágenes de donde esté, si los sistemas antimagnéticos pueden combatir a ese campo que nos rodea. Grábalo todo el en video. Puede hacernos mucha falta si regresamos a la Tierra sin novedad.

—Claro que regresaremos —afirmó ella, enfática—. Estoy segura de eso.

A mí me hubiera gustado sentirme tan seguro de ello. Me pregunté si Gala no estaba alardeando de firmeza y seguridad para inculcarme a mí sus ánimos. Cuando el sistema de proyección al exterior me disparó al negro vacío y floté en éste, a tantos años-luz de mi mundo, me sentí por primera vez tan perdido como un niño solitario en medio de un océano tempestuoso.

Pero aun así, inicié mi lento viaje hacia el cementerio cósmico, utilizando mis propios reactores individuales, que me desplazaban en el espacio a velocidad moderada, alejándome de la familiar estructura del Galax.

* * *

De cerca, resultaba aún más impresionante, más terrible y sobrecogedor que a través de una simple visión general y distante.

Las naves eran, en su mayoría, de dimensiones ciclópeas. Verdaderas ciudades flotantes, que acaso en algún remoto pasado viajaron por los espacios, entre planetas o galaxias.

Me pregunté cuántos siglos llevarían allí alguna de ellas, a cuyo fuselaje se adherían, como moluscos al viejo casco de una nave sumergida, meteoritos y polvo cósmico de sorprendente radiactividad, acusada por mis sensores al aproximarme. Puse mis pies sobre alguna de sus sólidas estructuras inmovilizadas. Caminé

con mi calzado magnético sobre sus superficies inertes, como si fuese un suelo firme o un extraño planetoide perdido en la distancia sideral.

No me atreví a echar una mirada a ninguno de ellos. La idea de encontrarme con indicios de civilizaciones insospechadas, acaso con criaturas ya difuntas, de origen remoto y naturaleza ignota, me aterró en parte. Además, yo tenía en mi viaje un objetivo concreto, definido: la nave-sarcófago.

Cuando estuve sobre ella, flotando en el vacio como un minúsculo insecto encima de un coloso dormido o muerto, sentí un cierto temor, una oculta aprensión que no podía entender. Aparentemente, la nave era como todas las demás. Y estaba tan quieta y carente de vida como ellas. Sin embargo, había algo en aquella estructura oblonga que me impresionaba.

Pese a ello, descendí sobre la nave. Puse mis pies en su superficie. Caminé a lo largo de una interminable longitud metálica que había sido su techo. Me pareció sentirlo vibrar bajo mi calzado, pero lo atribuí a simple impresión mía.

Ví la abertura, allí ante mí. Como una muda y extraña invitación a entrar en el misterio. Alguien había dejado un día abierta una escotilla en la parte superior del fuselaje. Era un boquete circular, negro, inquietante. Pero a la vez irresistiblemente atractivo para mi curiosidad.

¿Debía entrar en la inmensa nave en forma de ataúd? ¿Era prudente arriesgarse hasta ese punto?

—No, Dan —oí la voz angustiada de Gala por mi canal de comunicación sonora—. No lo hagas. No te acerques a esa escotilla. Es... es demasiado sencillo. Me asusta...

La verdad, a mí también me asustaba. Pero me fascinaba, a la vez. Como la mirada de la serpiente o como el abismo. Aterra y atrae al mismo tiempo.

Me decidí. Mi voz debió llegar hasta Gala y Neil llenándoles de angustia:

—Lo siento. No puedo desaprovechar esta ocasión.

—¡Dan, no!

Su grito me dejó indiferente. Ya estaba entrando en la nave misteriosa. Su oscuridad interior me engulló. Sentí que flotaba dentro de la estructura interna, como descendiendo por un tubo de

tinieblas en el que mi cuerpo fuese liviano y alado.

A través de mi indumentaria espacial no podía sentir los cambios de temperatura. Pero mi indicador luminoso del interior de mi escafandra me señaló un descenso vertiginoso del termómetro. Asombrado, advertí que estaba en un lugar con menos de cien grados bajo cero de temperatura. Una escarcha fina y azulada, comenzó a brillar en la sombra, a mi alrededor, herida por algún distante reflejo de desconocida naturaleza.

—Dan, todo está oscuro —sonó la voz de Gala, al otro extremo de nuestro sistema de comunicación—. No se ve nada en el video…

—No hay luz aquí —confirmé—. La temperatura es glacial. Todo está helado.

—Dan, regresa —me suplicó ella—. No sigas. Tengo miedo…

—Cálmate. De momento, no ocurre nada —sonreí—. Aquí, todo parece muerto.

Había llegado a alguna parte. Noté suelo firme bajo mis pies. Firme y resbaladizo por el hielo. Mis botas imantadas evitaron que patinase o cayera.

Avancé por un suelo azul brillante, cubierto de hielo. En los muros oscuros, destellaban de trecho en trecho estalactitas heladas. Noté que dentro de la nave había una fuerza gravitatoria artificial. Encendí mi linterna.

Me quedé sobrecogido. Al proyectar la luz en los muros, éstos aparecieron repletos de bajorrelieves e imágenes ingenuas y simples, parecidas a las pinturas egipcias de las tumbas faraónicas, aunque trazadas en otro estilo, y presentando a seres humanoides altísimos y desgarbados, ataviados con extrañas vestimentas, en posturas y situaciones de marcado cariz funerario.

Comprendí que la forma oblonga de la nave-ataúd no era una casualidad. Estaba, realmente, a bordo de una nave funeraria. Quizás de una tumba espacial de enormes dimensiones.

Y, de repente, con un escalofrío, noté que algo reptaba a mis espaldas, produciendo un roce apagado, espeluznante.

Había algo vivo allí dentro, después de todo. Me volví, llevando una mano a mi arma, y me enfrenté al primer horror de mi aventura en el Cementerio Espacial.

5

DESORBITÉ mis ojos, mirando aquello que se movía hacia mí, reptando por el suelo, como una simple materia desordenada y repugnante.

Era un extraño musgo azul, blando, gelatinoso, que se agitaba como un cuerpo vivo, se extendía, pastoso y fétido —el olor me venía por un conducto especial de mi escafandra. capaz de filtrar cualquier tóxico, pero no un hedor tan acentuado como aquel—. produciendo el efecto de materia descompuesta, en plena putrefacción.

Me alcanzó las botas y las cubrió, empezando a reptar por mis piernas, encima del tejido plástico climatizado. de color rojo vivo. Lo miré, asqueado. Alargué una mano y aparté de un brusco manotazo una de las lenguas pegajosas de aquel raro musgo cuya pelusa cristalina crujía al agitarse y moverse por el suelo en su reptante avance hacia mi. La gelatina rodó al suelo, pero sólo para volver a adherirse a mi pierna, lamerla vorazmente y comenzar de nuevo a reptar hacia arriba. Era igual que una incontenible marea viscosa, nauseabunda y fría, cuyo contacto casi —podía sentir, pese a lo hermético de mis ropas.

Cuando parte de esa masa hedionda alcanzó mi escafandra y lamió el plástico ante mi rostro, sentí verdadera repugnancia. Y auténtico terror al notar que el material plástico, pese a su probada dureza, crujía amenazadoramente bajo la presión de aquel musgo.

Este tenia al parecer fuerza de presión suficiente para quebrar mi escafandra y alcanzarme directamente la piel, penetrando dentro del traje espacial! La sola idea de verme envuelto en aquella fría y repulsiva masa, me provocó náuseas. Violentamente, traté de apartarme de la materia desconocida, dotada de vida, que me

envolvía ya las piernas como la materia movediza de un pantano. Alcé mi arma y disparé contra ello una carga de disolvente térmico.

El impacto le causó daño a la «cosa». Ví que se agitaba como algo realmente vivo, soltándome y latigueando en el aire, mientras una parte del musgo, bajo el efecto de la carga térmica, empezaba a humear, derritiéndose en forma de sucio charco parduzco. Eso, con ser estremecedor, no me impresionó tanto como los dormidos ecos que, súbitamente, arrancó mi disparo de los muros sombríos de aquel gigantesco vehículo-sarcófago. Fue como si la calma eterna de un panteón o de una tumba milenaria, fuese alterada por el sacrilegio ruido de un ser viviente profanando el recinto destinado a los muertos. Sin saber la razón, aquellos mil ecos que rebotaban y se perdían en ingentes distancias, bajo la bóveda de la extraña nave funeraria, me causaron algo muy parecido al miedo.

Miedo a que esa solemne paz alterada por mi disparo, fuese como quebrantar un ritual solemne e inviolable. Como romper la paz del descanso de un ser superior y desconocido...

Pero de momento nada sucedió, salvo la favorable circunstancia de que el extraño musgo azul retrocediera, hundiéndose de nuevo en las tinieblas de donde había surgido, con su sibilante, inquietante roce en el suelo mientras se deslizaba. Me pregunté si aquella «cosa» era realmente una materia no sólo viva, sino inteligente. Algo situado allí para proteger el eterno reposo de astronautas ya fallecidos, llegados de ignorados ámbitos espaciales.

Avancé de nuevo en la sombra, guiado por la delgada línea de luz de mi linterna. Nuevas pinturas y bajorrelieves de motivos funerarios, como oraciones y procesiones en torno a una figura yacente, extrañas deidades velando a un féretro rodeado de estrellas y cosas parecidas, procedentes de alguna remota civilización humana jamás sospechada en la Tierra, iban apareciendo a mi paso, por galerías y corredores, salones y cámaras, en interminable sucesión. Pero, cosa rara: ni rastro del personaje central de todo aquel alarde fúnebre. Ni la menor señal de un cadáver o de un mausoleo.

De repente, delante de mí, una luz púrpura se encendió en alguna parte. Demudado, me paré en seco. La voz de Gala me llegó por el canal de sonido, estremecida:

—Dan, hemos tenido interferencias... ¿Qué ha sucedido?

—Nada —jadeé—. Te lo contaré al regreso…

—¿Qué luz es esa? Ahora se te ve mejor. Hay una claridad purpúrea…

—La veo. Ante mí. Es una puerta abierta o alguna cámara. Estoy en un recinto funerario. Algo digno de una civilización como la egipcia. Me recuerda a una tumba faraónica, Gala. Bajorrelieves, pinturas, decoración… Todo habla de un solemne funeral. Y con figuras humanas de gran estatura y ropas brillantes. No sé de dónde procede todo esto, Gala, pero es fascinante…

—A mí me empieza a dar terror, Dan. Vuelve, por favor, te lo ruego —sonó patética su voz, implorándome—. No sigas adelante. No puede ser bueno. Es… es una corazonada…

—Lo siento —sonreí—. Estoy quizás en el propio umbral del gran misterio. Esa luz púrpura acaba de encenderse ante mí. Es… es como una invitación a entrar.

—¡No lo hagas!

—Si hay aquí algún ser muerto hace años o décadas, no puede ser un peligro para nadie, Gala. Entraré. Quiero saber en honor de qué clase de ser humano se montó este gigantesco mausoleo estelar… Manteneos atentos al video. Puede que sea la única ocasión que tengáis de ver algo semejante en vuestra vida.

Avancé hacia el umbral de la cámara iluminada. Un cierto respeto me invadía. Era como profanar una antigua tumba jamás hallada hasta entonces por el ser humano. Como violar el secreto fúnebre más fantástico de todos los tiempos…

Entré. La luz púrpura me envolvió, como un baño luminoso resplandeciente. Y me vi frente a frente con ella.

Con La Momia.

La miré. Y, lo que era más escalofriante… ella me miraba a mí.

* * *

Tardé unos segundos en comprender que La Momia del Espacio estaba mirándome sin' verme. Que sus extraños, helados y brillantes ojos rojos estaban tan muertos como ella misma.

Rojos, sí. De ese color eran sus ojos. Intensamente rojas las pupilas, levemente amarillento el globo ocular. Por lo demás, era un ser humano como cualquier otro. Pero infinitamente más alto. Quizás medía unos siete pies de estatura. Era flaco y huesudo. De facciones afiladas, nariz halconada, facciones rígidas y severas.

Estaba momificado dentro de la urna de vidrio vertical. Erguido como una estatua de carne. Aun así, conservaba un color carnoso en su piel, levemente azulada. Su cabello también tenía una tonalidad azul, aunque según se le viese parecía totalmente negro.

El proceso de momificación había estirado su piel y acentuado sus facciones, pero eso era todo. Algún avanzadísimo sistema de embalsamiento, convertía a un cadáver en una momia de apariencia normal, sin necesidad de vendajes, vaciado físico ni desfiguración de la propia epidermis. Estaba seguro de que aquellos ojos no eran vidrio o material plástico, sino sus auténticos ojos, los que tuvo en vida.

Al pie, sobre una placa de color dorado intenso, aparecían una serie de caracteres que me eran totalmente desconocidos, y que no pude traducir. Recordaban de forma remota la escritura cuneiforme de los persas, con ciertos giros similares a la escritura jeroglífica egipcia. Pero en conjunto, era ilegible.

Alrededor suyo, en la cámara circular, dedicada sin duda a sepulcro propiamente dicho, nuevas pinturas y motivos funerarios adornaban las paredes alumbradas por la extraña luz purpúrea, que brotaba precisamente del interior del cilindro cristalino vertical en donde se hallaba erguida la Momia del Espacio.

—Quienquiera que seas, descansa en paz —dije con respeto, persignándome ante la presencia de la muerte, siempre solemne, y más aún en aquel lugar del espacio, en los confines de alguna remota galaxia a la que se tardaban setecientos años-luz en llegar—. Lamento haber profanado tu tumba y haber turbado tu descanso. Ahora, al menos, sé que yaces aquí y que, sin duda, debiste ser un importante personaje en tu época y tu mundo, para estar ahora aquí reposando, dentro de esta inmensa nave. Pero me pregunto, de todos modos: ¿qué hizo venir junto a tu nave a las demás que ahora reposan ahí inmóviles? Debieron hacer falta siglos enteros para acumular esa cantidad de vehículos del espacio en torno tuyo, amigo mío...

La Momia, ciertamente, no podía responderme. Sin embargo, la impresión de que sus ojos, brillantes pero sin vida, me miraban y taladraban mi mente tratando de saber quién era yo y por qué estaba allí, resultaba por momentos demasiado vivida, aunque fuese obra de mi propia imaginación, influenciada por las circunstancias.

Retrocedí lentamente, mientras la voz de Gala sonaba en mis oídos, desde la nave:

—Es increíble… Impresionante, Dan… Esa figura mortuoria… parece momificada.

—Lo está. Es una extraña momia no desfigurada por el proceso de embalsamiento. Virtualmente, parece aún gozar de vida propia. Pero sin duda lleva siglos aquí, en este sepulcro espacial… Observad las pinturas en los muros. Fantásticas, ¿no?

—Me recuerda las tumbas egipcias —convino Neil admirado—. Si pudiese ir con usted, y verlo in situ, señor.

—No, Neil. Permiso denegado. Yo mismo me marcho ya de regreso a la nave. Ya he visto bastante aquí. No se debe alterar el reposo de quien murió y fue depositado aquí para el reposo eterno. Me siento… me siento como un profanador.

—Sí, Dan, será lo mejor. Es hermoso, pero inquietante. No sabemos qué extraños poderes pueden tener esos seres de otra civilización, qué fuerzas desencadenan cuando su última morada se ultraja…

—Sí, ya regreso —asentí. Y me abstuve de hablarle de la horrible materia azul, el musgo cristalino y voraz, por miedo a asustarla más aún—. Hasta pronto, amigos.

Me encaminé a la salida de la cámara funeraria. Pulsé el resorte del cinturón de mi traje, para tomar varias fotografías en el microfilm de mi cámara diminuta, acoplada a la indumentaria espacial. Todas las pruebas serían pocas, cuando estuviese en la Tierra, para convencer a la gente de lo que había visto en aquel remoto confín estelar.

Pero seguía pensando, preocupado, en que no todo se aclaraba con el hallazgo del ser momificado en la urna cilíndrica. ¿Qué sucedía en el exterior?

¿Qué papel representaban las demás naves en aquel mar de los Sargazos a escala cósmica? ¿Qué o quién los había atraído hasta allí?

Regresé a la escotilla por el cilindro vertical de vacío. Presioné mis turborreactores individuales, y subí por el conducto velozmente, saliendo al exterior.

Respiré con alivio, una vez fuera de la gran nave-sarcófago donde reposaba la Momia del Espacio. Miré a la nave Galax,

flotando sobre el inmenso cementerio cósmico.

Sentí repentino terror. ¡La nave se estaba acercando demasiado al resto de los navíos espaciales muertos! Si continuaba su ruta actual, acabaría formando parte de ellos, como uno más. Preso en aquel reducto de muerte y silencio.

—¡Cuidado, Neil! —grité—. ¡La nave está demasiado cerca de este cementerio! ¡No podrá salir, si la gravitación de esta masa la atrae!

—Cielos, es verdad —jadeó la voz de Neil—. No habíamos advertido eso, señor... Algo nos atrae, indudablemente, hacia esa masa. Espero poder rectificar el descenso...

Subí velozmente por el vacío, dirigiéndome a la nave. Neil, evidentemente, no podía rectificar. Nuestra nave seguía cayendo, mansamente, hacia el montón inmenso de chatarra espacial.

—¡Algo ocurre en los mandos. Dan! —me informó angustiada Gala—. Ni siquiera podemos estabilizarla en posición de inmovilidad total. Se nos escapa, va hacia abajo, hacia esas naves... ¡Es como sí una fuerza nos estuviera absorbiendo, Dan... sin remedio posible!

Me horrorizó la idea de quedarnos allí hasta el fin de nuestros días. Además, la posibilidad oscura y siniestra de que hubiese allí un algo oculto y terrorífico, capaz de llevar la muerte silenciosa a toda nave atraída al cementerio, se abría por momentos lugar en mi cerebro. Miré abajo, tratando de ver algo. Pero todo seguía igual. Silencioso, yerto, espectral.

Yo sabía, sin embargo, que existía algo vivo en la gran nave funeraria: el musgo azul. ¿Por qué no podía haber otras cosas, otras fuerzas demoníacas, rodeando el reposo eterno de La Momia?

Llegué junto al fuselaje de mi nave, sin sentir en mi persona esa fuerza de atracción que dominaba a nuestro vehículo. Tal vez sólo ejercía poder sobre las máquinas y no sobre los hombres, pensé.

Entré en el compartimento estanco. Y luego en la cámara de mando. Gala me abrazó, emocionada. Neil, pálido y excitado, estrechó mi mano. Acudí con rapidez a los controles, tratando de neutralizar la fuerza que nos atraía hacia el gran cementerio del espacio. Noté bloqueados los mandos. La nave no respondió. Seguía su lento descenso hacia la llanura de muerte y silencio.

—Es imposible —me quejé, exasperado—. Caemos sin remedio.

Dios mío, ¿qué nos esperará ahí abajo, Gala? No todo en ese maldito cementerio está muerto...

—¿Qué quieres decir? —se asustó ella, mirándome sobrecogida.

—Nada. Ya te lo contaré luego. Me temo que ahí abajo existe algo capaz de atraer y destruir a tripulaciones enteras, vengan de donde vengan... Es sólo una corazonada. Pero eso explicaría la existencia de ese extraño cementerio de naves perdidas, no todas ellas averiadas o dañadas. ¿Qué fue de sus ocupantes? ¿Dónde están ahora?

—Tal vez hace siglos que ocurrió todo esto, señor —apuntó Neil—. Puede que sólo queden de ellos sus restos mortales, si es que no se han volatizado ya...

—No, oficial Rogers —rechacé, pensativo, clavando mis ojos en una nave próxima a nosotros, hacia la cual nos dirigíamos, sin duda para acoplarnos a ella, como un trozo más de chatarra inerte—. Mire esa nave, la de color plateado...

—La veo, señor —pestañeó, clavando sus ojos en aquel disco flotante, inmóvil y silente—. ¿Qué hay con ella, señor?

—Es una nave totalmente nueva. Yo diría que no lleva ahí mucho tiempo. Es muy grande. Una nave así puede llevar casi cien hombres a bordo. Y provisiones en gran cantidad, sin duda alguna. Eso no se consume fácilmente. Tendría que haber algo de vida a bordo... y no se ve absolutamente nada, Rogers. Creo que vamos a explorar esa nave plateada, y a ver lo que hallamos dentro. Eso, al menos, puede indicarnos cuál será nuestro destino en este maldito rincón del firmamento...

Hubo un choque sordo, un impacto apagado del fuselaje exterior, al entrar en contacto con otro cuerpo sólido. En la vasta superficie formada por miles de naves quietas, se produjo una leve vibración. Y la nave Galax quedó prisionera del Cementerio Cósmico.

—Preparados —dije con voz fría, cuando nuestra nave se equilibró de nuevo—. Esta vez vamos a salir los tres. Hay que averiguar qué sucede exactamente aquí, al margen de la presencia de esa gran nave funeraria del hombre momificado...

Ellos asintieron. Momentos más tarde, estaban a punto de salir conmigo al exterior. Gala llevaba una indumentaria amarilla y Neil la suya verde. Nos encaminamos al compartimento estanco. Uno a

uno, abandonamos la Galax. Planeamos sobre la gran nave plateada a la que nos habíamos adosado suavemente, quedando unidos a ella como por un imán.

No lo sabíamos. Pero íbamos al encuentro del segundo y supremo horror, el que nos mantendría en el-futuro presa del pánico y de la angustia.

* * *

El interior de la nave plateada hablaba de una civilización infinitamente superior a la nuestra.

Paneles de controles y mandos complicadísimos, computadoras cristalinas, donde debía almacenarse el conocimiento de una raza en forma para nosotros hermética y desconocida, estructuras de asombrosa plasticidad y belleza y un gigantismo inusitado, materiales livianos y resistentes a la naturaleza ignorada por el Hombre. Y así infinitas circunstancias que hacían de aquella nave silenciosa y sin vida una verdadera maravilla. Luces parpadeantes, quizás de duración eterna, sistemas de renovación y purificación de la atmósfera interior que no entendíamos, y mil datos técnicos y científicos que hablaban de una especie de seres altamente desarrollados, nos esperaban por doquier en el interior de la fantástica nave de color plata.

Pero también el miedo, la angustia y la aprensión a lo desconocido estaba allí. En forma de esqueletos humanoides. De restos humanos, dispersos por las amplias y variadas estancias de la nave. Como si su tripulación, pese a todo su fantástico poder tecnológico, se hubiera dispersado, movida por el pánico, huyendo de «algo» que, inexorablemente, había caído sobre ellos, aniquilándolos.

Neil, Gala y yo nos miramos aterrados. No sabíamos qué pensar ni qué decir. El hálito invisible de un poder horrendo y mortífero parecía flotar allí, rozándonos con sutil aliento asesino. Se respiraba a muerte dentro de la nave. Una muerte capaz de convertir a seres humanos como nosotros, de alguna remotísima zona de esta galaxia o de otra cualquiera —aquella nave parecía poseer posibilidades casi infinitas de traslado por el Universo, para lo que mi capacidad limitada me permitía apreciar—, en simples huesos descarnados, dispersos, totalmente limpios de carne y tejidos, como si un poderoso corrosivo los hubiera devorado.

Y, sin embargo, la quietud, el silencio, la calma de aquella nave desierta y sin vida, parecían inalterables durante siglos. Yo sabía que eso era engañoso. Lo sabíamos los tres. Y me pregunté qué clase de demoníaco poder había sido capaz de estancar en el vacío a semejante navío cósmico, llevando a bordo la destrucción definitiva y su anclamiento en el siniestro cementerio espacial.

—Vamos —susurré, tras contemplar en tres de las amplias estancias los restos humanos allí depositados—. Veamos el resto de la nave antes de sacar alguna conclusión y partir de este maldito lugar de la forma que sea.

—¿Crees que ello será posible? —dudó Gala—. No deseo otra cosa que alejarme de aquí, Dan. La visión de este horror y la de esa Momia a través .del video, me han causado verdadero miedo... ¿Qué es lo que sucede realmente aquí?

Hubiera querido contestarla, pero no me era posible. Sabía al respecto tanto como podía saber ella. Los tres estábamos sumidos en un verdadero maremágnum de ideas y de posibles deducciones. Y lo malo es que ninguna nos gustaba demasiado.

Nos esperaba todavía un último hallazgo escalofriante, justo en la que debió ser en su día, no demasiado tiempo atrás, cámara de mandos de la ingente nave.

Allí estaba su capitán. Y junto a él, otro esqueleto de más reducidas proporciones y estructura craneal concreta, muy semejante a la de una hembra terrestre. Supimos en el acto que se trataba de hombre y mujer.

Los dos esqueletos permanecían sentados frente a una serie de prismas cristalinos que, tal vez, proyectaban en sus facetadas superficies múltiples imágenes del exterior, o alguna forma más abstracta de comunicación visual que escapaba a nuestro reducido entendimiento.

Una luz fantasmal, azulada, partía de esos cristales dispuestos en forma aparentemente caprichosa ante sus asientos. El hombre llevaba aún jirones de su uniforme. Palpé un extraño, suavísimo tejido que parecía metal hilado. Un casco sobre su cabeza, mostraba un raro distintivo con apariencia de ave prehistórica, tal vez algún animal de su remota fauna. Debajo, unas letras absolutamente nuevas para mí, decían algo que no podíamos entender ninguno de nosotros.

Era patético. Habían muerto con sus manos apretadas, sujeto el uno al otro. Los huesos de los dedos se unían entre sí, en un contacto final desesperado. La muerte les había sorprendido así. Había, a sus pies, un arma de extraña forma, una especie de poliedro dotado de varios tubos. No parecía haberles servido de mucho.

—Dios mío, ¿qué horrible tragedia sucedió a bordo? —musitó Neil Rogers, impresionado.

Sacudí la cabeza con desaliento.

—La misma, imagino, que en todas esas otras naves. Sólo la nave-sarcófago carece de restos humanos —comenté—. Quizás porque nunca hubo nadie vivo a bordo, estando destinado el vehículo a última morada del difunto. Algo así como la barca de Anubis para los difuntos del Antiguo Egipto. Pero hecho realidad. Y enviada a un río infinito, como es el Universo...

De repente, todos tuvimos certeza de ello. Nos miramos, repentinamente sobrecogidos.

—¿Qué ha sido eso? —balbuceó Gala, dilatando sus ojos.

Me mantuve tenso. Neil empuñó rápido su arma. Le hice un vivo gesto de espera, girando lentamente la cabeza hacia atrás. Yo había captado lo mismo que ellos.

Un ruido a bordo.

Lo malo es que no era un sonido vulgar. Era inquietante. Yo podía definirlo, en ese momento como... como un jadeo. Como el sonido de algo viviente que respira y se mueve. Y que se acerca.

—Quietos —susurré—. No podemos saber si sobrevive alguien aquí. No cometamos errores de los que luego tendríamos que arrepentimos.

—Pero Dan, hay alguien a bordo —susurró Gala, palideciendo —. Y hasta ahora, sólo hemos visto restos humanos, ninguna señal de vida...

El jadeo se repitió en alguna parte. Era obvio. Se aproximaba. Noté que mis cabellos se erizaban en la nuca y me reproché mi escasa arrogancia en este momento. El recuerdo del viviente musgo azul y su viscosa proximidad no me inquietó. Algo me decía que esto era aún peor, fuese lo que fuese.

—Esta nave es la última que sufrió los efectos de ese ataque, sea cual sea —musité ahogadamente, contemplando muy fijo la puerta

de acceso a la cabina de mandos de la nave—. Tal vez sucedió hace siglos, pero fue la última, sin duda alguna, dada su situación en el cementerio, la zona donde la fuerza magnética de este lugar la ha situado. Nosotros somos los siguientes, por eso estamos en contacto con ella. Y esa cosa que vive y se acerca... posiblemente sea lo que aniquiló la vida a bordo.

—¿Qué podemos hacer, señor? —preguntó Neil roncamente.

—Estad alerta. Empuñad las armas, pero sin utilizarlas hasta el momento preciso. Veo ahí enfrente una especie de puerta o escotilla. No sé adonde dará, pero dada la estructura de esta nave y la situación de la cabina, por fuerza asomará a proa. Y allí puede que estén motores, combustible o un compartimento de salida. Sea como sea, si lo que nos ataca entra por ahí, tendremos cortada la retirada por el lugar donde vinimos. Utilizad el sentido común y la serenidad. Huiremos 'por este otro lado, y confiemos en la Providencia.

—Pero ¿cómo abrir esa puerta? —dudó Gala—. No sabemos los mecanismos de esta gente.

—Usad las armas. Una descarga térmica lo bastante elevada, puede fundir los sistemas de cierre y franquearnos el paso —sugerí, tenso—. No hay otra solución a mano.

Callé. Ellos permanecían tan rígidos y tensos como yo, la mirada fija en la abertura que poco antes cruzáramos. En compañía de aquellos restos humanos, nuestra situación parecía desesperada ante lo desconocido.

Y el maldito jadeo, largo y ronco, continuaba avanzando. Debía de estar, quien lo producía, muy cerca de la entrada. Sentí correr un sudor helado por mi rostro y cuerpo. Sabíamos que allí fuera, todavía al margen de nuestro campo visual, había «algo» o «alguien», la causa del horror que convirtió la zona espacial en un vasto Cementerio de naves silenciosas. Y ese «algo» estaba a punto de irrumpir allí, de enfrentarse a nosotros...

Ví borrosamente una masa oscura en el corredor. El corazón empezó a palpitarme con violencia. Noté la mano de Gala buscando la mía, y sentí un escalofrío. Estábamos repitiendo, casi exactamente, lo que hicieron los infortunados tripulantes de la cabina de mandos de la nave. No resultaba demasiado esperanzador.

Y ahora, sí.

Ahora, súbitamente, aquella cosa horrenda, indescriptible, apareció ante nosotros.

Oí chillar a Gala, chillar como nunca lo había hecho desde que éramos marido y mujer. Neil Rogers lanzó una sorda imprecación de sorpresa y terror.

Ya podíamos verlo. El jadeo llenó con su ronco estertor la cabina. Una especie de soplo fétido y helado nos azotó, salvando incluso el hermetismo de nuestros trajes espaciales.

Contemplé, despavorido, al horror del Cementerio Cósmico.

6

—¡DIOS nos asista, Dan! —gimió Gala con frenético miedo—. Es... ¡es horripilante! ¿Qué podemos hacer contra... contra eso?

Ella tenía razón. Era horripilante. Aterrador. Se estaba moviendo hacia nosotros. Yo sabía que nos miraba, que nos veía... aunque no tenía ojos.

Era una especie de esfera, de masa redonda y pulposa, arrugada y babeante, de un color gris parduzco. Se arrastraba, rodaba sobre sí misma, apoyándose en una especie de ventosas que más parecían bocas, puesto que las formaban unas láminas carnosas, palpitantes y negruzcas, que vomitaban una especie de baba pegajosa y espumeante al apoyarse en suelo o paredes, emitiendo a la vez, con un movimiento de apertura y cierre de sus láminas —horriblemente parecidas a labios espasmódicos—, su repulsivo y agrio jadeo. Sus dimensiones superaban en mucho las de la abertura de la puerta. Pero elásticamente, como si su fea carne fuese goma, se plegó y redujo lo suficiente para entrar, bloqueando toda salida y crecer luego de nuevo, abriendo sus cien bocas con algo parecido al hambre, apenas captó nuestra presencia.

Su estertor se hizo más vivo y profundo, y sus ventosas o bocas pulposas emitieron más segregaciones salivares. Todo tenía el horrendo aspecto del animal que siente despertar su apetito antes del festín.

Y nosotros éramos su manjar.

—Gala, retroceded —musité con voz ronca, que ni yo mismo reconocí—. Retroceded lentamente. Creo... creo que esa «cosa» tiene hambre y desea devorarnos...

—Dios mío, Dan... Era eso —sollozó ella trémula—. Una forma de vida desconocida, afincada aquí sin duda... y que devora

astronautas caídos en este cementerio…

—Debe pasarse a veces siglos enteros digiriendo su último festín —dije con angustia, sin dejar de mirar aquella enorme masa rugosa y babeante que se movía hacia nosotros, desprovista de ojos pero llena de bocas voraces—. No hay duda de que nuestra presencia ha excitado su horrible voracidad…

No podíamos estar seguros siquiera de que fuera una materia inteligente. Ni su naturaleza era concreta. ¿Animal, criatura con cerebro? ¿Materia vulnerable? ¿Un enemigo invencible acaso?

—No nos dará tiempo —avisó Neil—. Esa puerta puede resistirse… y tenemos muy cerca a ese maldito bicho…

Asentí. No podía esperar nada bueno de aquella cosa viviente. De pronto, habían comenzado a aparecer en su estructura unas finas y delgadas ramificaciones, como arbustos vivos y sarmentosos de un extraño árbol. Esas ramificaciones se dirigían hacia nosotros, reptando, deslizándose por el suelo, dotadas de movimiento vivaz. Eran brazos o tentáculos. Estaba intentando apresarnos para conducirnos a sus bocas y engullirnos.

—¡Disparad ya! —rugí, al sentir en mi atavío espacial el latigazo de una de aquellas delgadas extremidades dotada, sin embargo, de rara fuerza, y que estuvo a punto de enroscarse en torno a mi cintura. Lo evité, saltando atrás, y disparando a la vez contra ese tentáculo.

Al recibir el impacto, el tentáculo retrocedió, dolorido. Pero no se destruyó, pese a la potente energía eléctrica de alto voltaje que iba en mi disparo. Ni tan siquiera se abrasó, aunque aparecieron en su superficie unas fisuras que gotearon una sustancia espesa y negruzca. La masa esférica se arrugó, encogiéndose sobre sí misma, y una especie de bramido repetido por las cien bocas, brotó de su materia. Luego, los tentáculos se dispararon hacia nosotros, buscándonos ávidamente.

Gala y Neil estaban haciendo fuego con sus armas sobre la puerta del fondo de la cabina. Utilizaban impactos térmicos de gran potencia, y el metal se derretía, disolviendo en parte la hoja de la puerta. Las manos de Neil, forcejeando con sus bordes, hicieron el resto. Los guantes refractarios evitaron que se abrasara con el metal candente.

—¡Ya está! —gritó—. ¡He logrado abrir!

Nos replegamos hacia allá, ordenadamente, haciendo fuego ahora de modo simultáneo sobre la enorme masa palpitante y horrible que nos acosaba. Dominando nuestro pavor ante aquella repugnante y maligna forma de vida, lanzábamos una verdadera barrera de descargas eléctricas que, aunque no causaban daño a la bestia cósmica, al menos lograba hacerla retroceder ligeramente a cada impacto. Yo probé encajarle un proyectil térmico en una boca, pero no hubo reacción. No se desintegró ni acusó el impacto. Creo que se había tragado la cápsula corrosiva como si fuese algo comestible. La capacidad de succión de aquellas bocas-ventosas me aterró más que ninguna otra cosa en tal situación.

—¡Pronto, afuera! —clamé—. ¡Hay que intentar salir de aquí como sea, o esa bestia maldita nos destruirá a todos, sea lo que ello sea!

Gala fue la primera en pasar por la abertura. Neil la siguió, cubriéndome con sus disparos ellos dos, mientras yo cerraba la comitiva en fuga. Sentí contra mi cuerpo el violento latigueo de sus larguísimos y flacos tentáculos y, por un instante, con supremo horror, creí que iba a lograr arrastrarme hacia él, cuando apresó simultáneamente mi cuello, cintura y un brazo, tirando de mí con fuerza increíble.

Tuve suerte, porque un disparo de Gala le alcanzó en una de las extremidades, y al comenzar ésta a gotear la densa sustancia negra, perdió fuerza, vaciló el ser en su ataque, y pude desasirme de sus otros dos tentáculos, escapando por el hueco.

En eso también hubo fortuna. Estábamos, realmente, en una salida de emergencia de la nave de origen desconocido. Al fondo de un corto corredor circular, había una puerta también redonda, dotada de un cierre visible que, apenas pisó Gala una determinada zona del corredor, respondió de forma automática, abriéndose suavemente, con un deslizamiento lateral hacia el interior del fuselaje.

Y vimos el cielo negro, las limpias estrellas en la distancia. ¡Era una salida!

—¡Pronto, afuera! —rugí, exasperado—. ¡Escapad vosotros! ¡Tú, Gala! Usted, Neil, también...¡Huid en seguida! Yo os cubriré, evitando que esa maldita cosa entre en el corredor.

Gala obedeció presurosa, saltando al vacío. La ví alejarse,

flotando su cuerpo de color amarillo vivo en el espacio. Respiré con alivio. Estaba seguro de que la criatura espantosa no podía seguirnos al vacío. Apremié a Neil Rogers, al ver que vacilaba, con una orden tajante, apelando a su disciplina de subordinado:

—¡Oficial Rogers, es una orden! ¡Salga en el acto de aquí!

—Sí, señor —asintió Neil, obediente, dirigiéndose a la salida—. Pero tenga cuidado. Ese asqueroso cuerpo tiene mucha maldad y recursos, señor… Evite, sobre todo, sus tentáculos. Son tan finos como fuertes.

Asentí, mientras él retrocedía hacia la salida para reunirse con Gala. Por el hueco de la puerta derretida, parte de la masa gris palpitante penetró, ajustándose al boquete, y estiró hacia mí sus malditos tentáculos, en número de cuatro o cinco,

Lo mantuve a raya con unos disparos de mi arma. Y cuando me dispuse a correr hacia el fondo, aprovechando un momento e indecisión en sus doloridas extremidades, ocurrió lo peor.

Uno de sus tentáculos dañados, soltó un latigazo espasmódico de dolor. Con tan mala fortuna, que arrebató el arma de mis dedos, lanzándola violentamente lejos de mi alcance. Con los cabellos erizados de espanto, me encontré inerte ante aquella bestia. Y ella, consciente de esa inesperada ventaja, se rehizo en ese momento, volviendo a la carga.

Sus tentáculos me rodearon, me envolvieron como una siniestra tela de araña. Creo que grité algo roncamente, bajo mi escafandra, sabiendo que ahora, inexorablemente, me arrastraría hasta sus extrañas fauces, que ya se abrían, babeantes, ansiando sentir el bocado. Me noté arrastrado por el corredor, sin defensa posible, forcejeando en vano con una criatura que centuplicaba mis escasas fuerzas.

En ese momento, Neil se volvió hacia nosotros, ya desde la salida misma de la nave mortal. Le oí gritar agudamente, con desesperación rabiosa:

—¡Oh, no! ¡Señor! ¡Teniente Darek! Sólo pude contestarle con un angustiado jadeo: —Oficial Rogers, escape usted… Únase al oficial Gala y salgan de aquí antes de que sea demasiado tarde. Deje que yo trate de defenderme. Alguien tenía que caer en esta sucia trampa-Era inútil luchar con la telaraña pegajosa y potente de aquellos flacos tentáculos surgidos de la masa gris y palpitante. Por

entre sus rugosidades repulsivas, podía ver sus cien ventosas abriéndose, dilatándose de tal modo, que le sería fácil engullirme por cualquiera de ellas, si antes no me descuartizaba para dar satisfacción a todas sus bocas. Insensiblemente, me arrastraba hacia sí, me llevaba a sus fauces babosas…

* * *

Mi joven e inexperto oficial vaciló solamente unos momentos. Luego, por primera vez desde que estaba a mi mando, Neil Rogers desobedeció mis órdenes.

—Lo siento, señor —le oí gritar—. No puedo escaparme dejándole a usted en este trance…

Y el muy loco, pese a mis gritos de advertencia y desesperación, cargó contra la masa voraz que me aprisionaba.

Se vino corriendo hacia nosotros, arma en mano, y comenzó a hacer fuego a bocajarro sobre tentáculos, bocas, epidermis del monstruo. Este, bajo tan granizada de descargas eléctricas de alta potencia, se agitó y encogió, emitiendo berridos exasperados y encogiéndose con crispaciones de ostensible dolor.

Aliviado, casi maravillado, noté que sus tentáculos cedían, afectados por el daño vital que estaba recibiendo, y pude, en un supremo esfuerzo, salir de ellos y escabullirme fuera de su alcance. Busqué mi arma en vano. No podía encontrarla. Creo que la masa fofa y estremecida de aquella criatura del infierno, la cubría ahora con sus palpitantes adiposidades.

Neil se arriesgaba demasiado. En su furia contra el monstruo, furia natural en un hombre joven, impulsivo y poco experimentado, se había aproximado demasiado a la masa viviente. Le grité, exasperado:

—¡No, oficial Rogers! ¡No se arriesgue más! ¡Ya ha logrado salvarme, muchacho! ¡Vámonos de aquí, pronto! ¡Vamos, en marcha! ¡Es una orden, oficial Rogers!

El joven asintió, con ojos alucinados, fijos en el monstruo.

—Sí, señor —le oí asentir—. Ya voy con usted…

Pero en su ardor combativo, había cometido el peor de los errores imaginables: ponerse demasiado cerca del ser que parecía tan afectado por los impactos del arma. Tal vez lo estuviera, pero no en tan alto grado como parecía. Lo cierto es que, de repente, contraatacó a Neil. Y éste se hallaba demasiado cerca de él.

Mi joven subordinado trató de disparar una última carga sobre su piel, junto a varias de aquellas fétidas bocas ansiosas que palpitaban en su superficie. Nunca llegó a hacerlo. La cosa actuó con rapidez y voracidad extraordinarias. Creo que nunca olvidaré tan espantoso momento, y que su imagen será la que me acompañe inexorablemente durante todos los días de mi vida.

Una de aquellas bocas se había adherido a su brazo. Sentí algo así como un chapoteo sordo, al pegar su babosa materia al cuerpo de Neil. Tiré de éste a la desesperada, para arrancarle de tan peligrosa situación.

Era como pretender arrebatarle un pequeño pez a una ballena furibunda. Ni siquiera lo moví. En cambio, el monstruo succionó en ese instante... ¡y todo él, Neil Rogers entero, fue chupado, devorado, absorbido por una boca que, de repente, se había convertido en gigantesca abertura capaz de engullir a un hombre completo!

—¡Oh, Dios, nooooo! —aullé, desesperado.

Retrocedí, porque los tentáculos de la bestia se lanzaban hacia mí con renovados bríos y ahora, de ser capturado, ya nadie podría salvarme. Neil Rogers había desaparecido en la boca del monstruo. Oí un ahogado alarido que se rompió en un estertor ronco.

Luego... un ruido escalofriante, como la masticación y deglución de un cuerpo, me llegó de aquella forma espantosa. Vi palpitar toda su cabeza esférica, como si estuviese en éxtasis al devorar a mi compañero.

Alucinado, incapaz casi de reaccionar, estuve otra vez a punto de ser cazado por sus diabólicos tentáculos. Sólo el propio instinto de conservación, la convicción amarga y terrible de que, por salvar mi vida, el infortunado Neil había perdido la suya en el aparato digestivo de aquella bestia cósmica, me hizo retroceder, aterrado, buscando la vida, la evasión definitiva del horror...

Me reuní con Gala en el vacío exterior. La miré. Me miró. Ambos flotábamos en la nada. Ella pareció comprender.

Dirigió una mirada de angustia a la nave. Yo asentí, sombrío. La vi llorar en silencio, tras su escafandra. Me aferró una mano. Nos alejamos, danzando en el espacio como en un ballet cósmico de trágico ritmo.

Neil Rogers se quedaba allí para siempre. Devorado por una criatura desconocida y remota que, tal vez, había convertido aquel

rincón del Universo en su madriguera, en la tela de araña colosal donde caían los pequeños insectos que eran su alimento.

Sabía que eso era algo que nunca podríamos olvidar ninguno de los dos mientras viviésemos.

Nunca supimos cómo nos fue posible despegar de allí nuevamente, desprender nuestra nave de las demás y poder arrancar, alejándonos de la zona de la poderosa fuerza magnética, y recuperando la velocidad de la luz, para el regreso a la Tierra.

Yo lo he atribuido a que era la criatura monstruosa la que emitía esa radiación magnética que atraía a las naves al Cementerio Cósmico. Y que al estar en plena digestión, con el infortunado Neil Rogers en su aparato digestivo, sus poderes debieron reducirse, aletargado por el trance, como sucede con los reptiles en nuestro mundo, y ello permitió que nuestro empeño tuviera éxito y pudiésemos retornar a nuestro mundo, a la vida.

Aunque ya nada haya sido igual que antes. Aunque el recuerdo doloroso de Neil Rogers, perdido para siempre en el estómago de un monstruo espacial de origen desconocido, haya quedado allí eternamente. Y aunque por las noches, Gala y yo tengamos atroces pesadillas, en las que La Momia en su cámara funeraria, el musgo azul atacándome de nuevo, o la presencia espantosa del horror viviente, provoca nuestro terror y nuestra angustia.

Pero todo eso, lo ignoran los demás. Nadie ha creído nuestra historia. Nos imaginan afectados por el vuelo a velocidad superlumínica. Y se han limitado a dar por perdido en el espacio al astronauta Neil Rogers, sin más.

Ahora, de repente, alguien dice creer en nosotros. Y nos ofrece la oportunidad alucinante de volver al último lugar del Universo adonde desearíamos regresar Gala y yo.

No. Decididamente, no. Diremos a Ludo Galio que no aceptamos. Aunque insista. Ese hombre no logrará, por mucho que lo intente, convencernos de lo contrario. Ni Gala ni yo deseamos revivir un pasado tan horrible. Nunca volveremos al Cementerio Cósmico. Nunca.

7

ESA noche nos dormimos algo agitados, aunque pensando que el fármaco de la doctora Scott sería suficiente remedio para impedirnos tener nuevas pesadillas.

Estábamos totalmente equivocados en esta ocasión. Cierto que nos dormimos pronto, vencidos por la fatiga del día, y acaso también por las emociones de haber evocado, los dos juntos, la trágica historia de nuestro salto más allá de la luz, a remotos confines del espacio, cerca de otras galaxias.

Pero el despertar fue peor que nunca.

Porque esta vez desperté sin haber tenido pesadilla alguna. Sin embargo, me noté agitado, nervioso. Un sudor frío bañaba mi cuerpo, y al tocarme la frente, la sentí arder. Estaba febril, inquieto. Me pregunté, sentado en la cama, en la penumbra del dormitorio, cuál sería el motivo.

Miré hacia Gala. Dormía apaciblemente al parecer. Traté de alejar de mi mente toda preocupación. Tal vez todo se limitaba, pensé, a que yo había tenido un mal sueño, pero ahora, una vez despierto, no lograba recordarlo.

Con esa idea tranquilizadora, me puse en pie, para dirigirme a la cocina y tomar del refrigerador automático un vaso de leche o un poco de refresco. Sentía seca la garganta, y la sensación de fiebre persistía.

Salí del dormitorio y llegué a la cocina. Di la luz. Pulsé un botón en el panel luminoso destinado al refrigerador doméstico, y un compartimento se abrió, ofreciéndome un vaso de leche fría. Lo tomé, empezando a beber, aliviado.

Y, de repente, lo vi.

Lancé un largo, tremendo grito de terror. El vaso escapó de mis

dedos. Oí su seco estallido seco a mis pies, y la leche salpicó mis zapatillas.

La cosa estaba allí... ¡en mi cocina!

Sus largos, finos tentáculos mortíferos se alargaban hacia mí. Sus babeantes bocas se agitaban, palpitantes, ávidas, como ojos sin pupila que me mirasen y ansiaran engullirme. Un hedor intenso, frío y nauseabundo, invadió la cocina toda.

—¡Dan! —oí gritar en alguna parte a Gala—. ¡Dan! ¿Qué sucede?

—¡No, Gala! —grité roncamente—, ¡No vengas! ¡Está aquí! ¡El monstruo... la... la criatura] ¡Ha venido! ¡Ha venido! ¡Está en la cocina, va a atacarme! ¡Huye, Gala, huye...!

Aterrado, encogido contra el panel luminoso del frigorífico mural, miraba con ojos desorbitados a la bestia cósmica que reptaba hacia mí, deslizándose su esférico cuerpo gris, repugnante y rugoso, sobre el impoluto suelo de la cocina.

Gala no escapó. Oí un repentino zumbido invadiendo la casa. Había dado a la alarma privada. Dentro de poco, toda la Base estaría en pie de guerra, dado que esa alarma era sólo para casos extremos. Y éste, sin duda, lo era.

La oí luego correr hacia la cocina. La forma ante mí se agitó, dubitativa. Sus tentáculos dejaron de rozarme, con su viscosidad helada, y rodó en dirección a la salida, buscando a Gala.

—¡Cuidado, Gala! —chillé, frenético—, ¡Escapa! ¡Va a por ti! ¡Maldita bestia voraz!

Me precipité hacia los cubiertos, en busca de un cuchillo afilado, aunque sabía que ese era un medio ingenuo y absurdo de defenderse de semejante poder desconocido.

En el corredor, oí chillar a Gala, con un horror similar al mío. Tal vez había pensado que todo era producto de otra pesadilla, y empezaba a arrepentirse de haber pulsado la alarma. Pero ahora, sin duda, veía algo también. Su grito era de terror.

—¡Dios mío, Dan, es cierto] —la oí jadear—. ¡Está aquí! ¡Nos ataca, ha venido a por nosotros... desde más allá de todo lo conocido!

Fuera, en el-exterior, oí sirenas de los servicios de Seguridad de la NASA. La luz de un reflector penetró por la ventana de nuestra cocina. Corrí en pos de la criatura infernal, tratando de impedir que

Gala, mi amada Gala, pudiese correr la misma horrible suerte de Neil Rogers…

Sonaron golpes en la puerta del piso. Una voz autoritaria ordenó:

—¡Abran, teniente Darek! ¡Abran en el acto o derribaremos la puerta! ¿Qué es lo que sucede?

Llegué al corredor. Vi a Gala demudada, al otro extremo del mismo. Y entre nosotros dos… ¡nada!

Ni el menor rastro del monstruo espacial. Como si no hubiese estado jamás en casa, frente a nuestros ojos.

Demudado, me apoyé en la pared. El frío sudor corría por mi frente y empapaba mis cabellos y pijama. Las sienes me palpitaban, febriles.

—Dios… —gemí—. La que hemos hecho, Gala… La alarma… ¿Qué diremos ahora? No había nada… nada, salvo en mi imaginación… Lo siento, Gala…

—Dan, reacciona —me suplicó ella, abrazándome con calor—. No estuvo sólo en tu imaginación. Yo… yo también lo vi.

La miré. Recordé sus gritos. Sentí una sacudida en todo mi cuerpo.

—No es posible… —susurré—. Fue una alucinación sin duda… No podía estar aquí, era absurdo…

—Dan, ambos lo vimos. Estuvo —musitó ella con voz ronca—. O ambos tuvimos una misma alucinación… Extraño, ¿no?

No supe qué contestarla. En ese momento, la puerta fue violentada por la patrulla de Seguridad. Entraron en nuestro piso arma en mano, escudriñándolo todo. Al no ver nada sospechoso, el oficial de servicio me saludó, mirándonos con perplejidad.

—Lo siento, teniente Darek —dijo—. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué hicieron sonar la alarma?

—Yo… yo… —gemí sintiendo vacilar mis rodillas—. Lo siento, oficial. Yo…

Y me desplomé a sus pies pesadamente. Sentí golpear el suelo contra mi rostro. Creo que entonces perdí la noción de todo.

* * *

No era un grato despertar. Pero evidentemente, ellos no podían hacer otra cosa.

La doctora Scott hizo algunas nuevas anotaciones en su bloc y,

posteriormente, las pasó a la computadora médica. Luego nos contempló pensativa.

—No puedo evitarlo, teniente Darek —me dijo con tono impersonal.

—No puede evitar, ¿qué? —le pregunté sin mucho entusiasmo desde mi lecho en el Centro de Recuperación Psiquiátrica de la Base.

—Que pasen el examen obligado de psicocontrol. Los doctores Warden y Hayes han firmado la orden correspondiente, y el señor Milton Barrow ha dado su consentimiento, teniente.

Asentí, dolido. Miré de soslayo a Gala, que reposaba en otra cama gemela, en el mismo departamento hospitalario. Ella parecía aún más deprimida que yo. Ni siquiera hizo comentario alguno cuando yo contesté:

—Supongo que eso significa pasar una prueba completa de capacidad mental.

—Sí, algo así —asintió la doctora Scott—. Pero no debe inquietarse. Por una simple alucinación, nadie es dado de baja de la NASA...

—Sé que van a darme de baja —protesté—. Y también a mi esposa. Han considerado que lo de anoche fue muy grave, ¿verdad?

—Bueno, digamos que repercute negativamente en su historial médico —admitió ella vagamente—. Después de lo de su viaje espacial, esto parece preocupar demasiado a sus superiores, teniente Darek. Es posible que todo termine en la concesión de un permiso amplio. Seis meses a un año lejos de esta Base y de los problemas del espacio. Creo que puede bastar para que vuelvan a ser ustedes mismos.

—Entiendo —asentí, sin muchas ganas de discutir la cuestión con ella.

La doctora nos miró con una mezcla de curiosidad y de lástima, y abandonó la sala para continuar sus tareas habituales. Miré a Gala. Esta vez, ella me miró también a mí.

—Lo lamento, Dan —se excusó—. Fue una locura pulsar la alarma.

—Olvídalo —sonreí—. Yo hubiera hecho lo mismo. Sólo que en la cocina no hay alarma...

—Dan, piensan que estamos locos.

—Locos, no sé. Pero desequilibrados, sí. Nos darán de baja, estoy seguro.

—Yo también. Pero Dan, nosotros vimos aquello.

—Creímos verlo, desengáñate —suspiré cansadamente—. No era posible que esa forma de vida llegase a la Tierra en pos nuestro, compréndelo.

—Pero Dan, ambos vimos lo mismo...

—Alucinación colectiva. Tal vez transmisión de pensamiento o algo así.

—Dan, eso no lo explica todo —protestó Gala débilmente—. Está el olor...

—¿Olor? ¿Qué olor?

—Lo que despedía aquel ser. Es algo que no se olvida fácilmente. Una mezcla de frío y putrefacción... Lo captamos en la nave espacial. Y también anoche, en la cocina, en el corredor... olía igual. Incluso uno de los miembros de Seguridad, después de desvanecerte tú, comentó algo al respecto...

Miré excitado a Gala. Sus palabras, en vez de tranquilizarme, me causaban un repentino y profundo desasosiego. Prefería estar loco a saber que aquello que vimos podía ser realidad, que la criatura había llegado de alguna forma hasta nosotros. Era una posibilidad demasiado espantosa para aceptarla.

—No es posible —rechacé—. Sería cualquier otra cosa...

—No, Dan. Era ese olor. Y tú lo sabes.

—Dios mío, Gala, si nos oyen decir esto, sí nos encerrarán por dementes. Y tal vez con razón. ¿Tanto pudo trastornarnos ese maldito viaje?

—Dan, te dije que lo mencionó un miembro de Seguridad. Y él no iba a sufrir alucinaciones. Se quejó de que allí olía muy mal y se notaba un extraño aire frío... Luego, bruscamente, todo eso pasó.

No supe qué decir. De todas las posibilidades imaginables, ésta era la peor de todas. Observé que había vigilancia electrónica en puertas y ventanas.

Nos habían recluido en un pabellón de alta seguridad. Eso significaba que no se fiaban demasiado en nuestro equilibrio mental.

Una enfermera asomó, mirándonos con indiferencia profesional.

—Tienen visita —dijo—. Sólo cinco minutos, teniente Darek.

Ordenes de la doctora Scott.

No me digné protestar. No valía la pena. Sabía que la doctora Scott era muy rígida en ciertas cosas. Preguntándome quién diablos nos visitaba, asentí.

Apareció el hombre en el umbral. Le miré, sorprendido.

—¿Usted? —murmuré—. Le creía ya en Europa...

Ludo Galio sonrió, acercándose a nosotros. Se inclinó cortés ante Gala y me dirigió un saludo amable antes de responder:

—Cambié de planes al enterarme de lo sucedido. De veras lo siento, teniente.

—Yo también —gruñí—. Como ve, no somos muy de fiar para un vuelo espacial.

—No pienso lo mismo —meneó la cabeza—. Sigo creyendo en ustedes dos. Son los únicos en el mundo que podrían conducirme al Cementerio Cósmico.

Me estremecí, sólo de pensar en eso. Después de lo de la noche anterior, todavía era peor hablar de cosas así.

—Olvídelo, Galio —dije, encogiéndome de hombros—. No podemos salir de aquí aunque queramos. Dudan de nuestra capacidad mental. Estamos virtualmente prisioneros de la NASA y sus especialistas en psiquiatría, hasta que pasemos una dura prueba que, tal vez, signifique nuestra baja en la organización.

—He oído hablar de ello —asintió Ludo Galio—. A mí no me afectan esas cuestiones, teniente Darek. Insisto en que les necesito. Y yo puedo sacarles de aquí.

—¿Usted? —dudé—. No me haga reír. Ni el Presidente podría hacerlo ahora.

—Responda afirmativamente a mi ofrecimiento, teniente, y estará fuera de aquí esta misma noche. Ah, me olvidaba. Esa expedición sería privada. Y ustedes ganarían en ella medio millón de dólares.

—¡Medio millón! —me asombré—. ¿Quién pagaría esa fortuna a dos astronautas?

—La misma institución privada que financiaría el viaje superlumínico. Ustedes vendrían conmigo a Europa. Y desde allí, emprenderíamos el gran viaje. ¿Qué deciden?

Gala y yo nos miramos, perplejos. Medio millón significaba nuestro futuro, puesto que estábamos seguros de ser dados de baja

de la NASA tras la prueba psíquica. Pero volver al Cementerio Cósmico era demasiado alucinante para aceptarlo aun a ese precio.

—No —negó Gala, estremeciéndose—. No iría ni por cien millones.

—Ya la oyó, Galio —suspiré—. Pensamos los dos igual. Creo que ha perdido su tiempo lastimosamente, quedándose aquí un día más.

—No, teniente —negó él—. No he perdido mi tiempo en absoluto. Anoche estuve en mi cuarto de trabajo, utilizando mi cosmo-receptor.

—¿Su...qué? —me sorprendí.

—El cosmo-receptor es un aparatito electrónico de alta precisión, creado por la firma privada europea para la cual trabajo. En realidad, consiste en una pantalla y un complejo microsistema de circuitos de alta frecuencia, capaces de llegar muy lejos en el espacio, en la búsqueda de mundos habitados, mensajes siderales y radiaciones cósmicas de todo tipo. Su tamaño, sin embargo, es muy pequeño. Véalo.

Extrajo de su chaqueta negra de piel un objeto semejante a una calculadora de bolsillo, plano y dotado de unas pequeñas teclas junto a una pantallita rectangular que encendió, mostrándonos su tonalidad verde fosforescente.

—Si se graba algún mensaje espacial en la máquina, la memoria de ésta retiene dicho texto y lo conserva almacenado en su archivo. Basta luego pulsar la clave con que se codificará el mensaje recibido o la información obtenida, y ésta aparece en pantalla con absoluta fidelidad. ¿Por qué no prueba a ver lo que surgió anoche en esa pantalla, Darek?

—¿Para qué habría de hacerlo? —me encogí de hombros, indiferente—. No creo que eso cambie las cosas.

—Por el contrario, yo creo que las cambiaría quizás totalmente —me sonrió, significativo, depositando el mecanismo sobre el embozo de mi cama—. Por favor, inténtelo.

—Está bien —suspiré—. ¿Cuál es el código a marcar?

—Neil Rogers —dijo fríamente.

Pegué un respingo. Le miré, aturdido y algo indignado. Luego le reproché:

—¿Por qué precisamente ese nombre? Me resulta particularmente penoso aludir a él, Galio.

—Lo sé. Pero recibí un mensaje anoche desde un remoto rincón del Cosmos. Y quiero que usted lo conozca. Luego me marcharé. Es todo.

—Está bien —accedí, algo malhumorado todavía—. Empieza a hacerme perder usted la paciencia, amigo mío. Pero haré esto por usted antes de que se marche.

—Es muy amable —dijo él con cierta ironía que entonces no comprendí.

Pulsé las teclas, marcando el nombre de Neil Rogers. Esperé, irritado. La pantallita se iluminó paulatinamente, empezando a surgir líneas de letras verdes, fosforescentes.

Un texto apareció ante mí, dejándome petrificado. Sentí un frío sutil escalando mi espina dorsal.

—Dios mío… —gemí—. No es posible…

El mensaje era breve. Muy breve. Y terrible para mí. Me costaba creer lo que estaba leyendo en aquella pequeña pantallita luminosa:

«¡VUELVAN A POR MI! ¡DESEO VOLVER A MI MUNDO! SIGO VIVO AQUÍ, EN ESTE MALDITO LUGAR… POR FAVOR, LES ESPERO. SI ALGUIEN CAPTA MI MENSAJE, VENGAN A RESCATARME… NEIL ROGERS, OFICIAL DE LA NASA.»

Desde más allá de la barrera de la luz, desde remotos confines del Universo, desde más allá de la misma muerte tal vez, llegaba ahora un mensaje increíble, firmado por Neil Rogers.

Neil, a quien yo había visto desaparecer dentro de las fauces hambrientas de un horrible monstruo espacial. Y ahora, este mensaje aparecía ante mí, como un absurdo inaceptable…

—No, no —insistí—. No puede ser…

—No le engaño, teniente. Pregunte a cualquier experto europeo. Ellos conocen el cosmo-receptor. Los mensajes recibidos son exactos. Posee un alto grado de sensibilidad. Conozco su historia. Pero, de un modo u otro, su ex compañero aún puede comunicarse con la Tierra, prueba evidente de que sobrevive y está capacitado para transmitir, con algún mecanismo de los olvidados en ese enorme montón de chatarra cósmica donde ustedes le dejaron.

—¡Pero Neil fue devorado por un monstruo! —protesté—. ¡Yo lo vi, Galio!

—No dudo de su palabra ni de lo que presenció. Pero ahí tiene ese mensaje. Ahora, buenos días, amigo mío. Debo regresar a

Europa lo antes posible.

—¡Espere! —casi grité. Le miré, confuso, pensando en el hombre que se había sacrificado por salvarme, allá en el remoto confín espacial donde vivimos nuestra espantosa aventura—. Galio, ¿seguro que puede sacarnos de aquí?

El me miró, sorprendido. Luego, su sonrisa se amplió. Asintió, significativo.

—Me alegra que entre en razón —murmuró, mirando cauteloso hacia el corredor, antes de confesarme—: Esta noche, saldrán de aquí sin que nadie se dé cuenta. Yo me ocupo de eso, teniente Darek. Luego, emprenderemos inmediato viaje a Europa…

8

NO había sido difícil.

Ludo Galio era hombre de recursos infinitos. Logró desconectar las alarmas y sistemas electrónicos de seguridad del centro hospitalario de la Base, así como de la zona exterior cuando logramos escabullimos de ella sin ser advertidos. De allí a las afueras de la alta verja que separaba las instalaciones de la NASA del campo desierto y llano, todo resultó sencillo como un juego de niños, gracias a los numerosos trucos electrónicos de Galio, anulando o inutilizando sistemas de seguridad y control.

Dos horas más tarde, una nave privada transatlántica de gran velocidad, surcaba los cielos, sobre el Atlántico, llevándonos a Europa.

Sólo sabíamos Gala y yo que íbamos a aterrizar en un lugar de Italia, en el Adriático, posiblemente en una isla privada, propiedad de Ludo Galio y de su organización financiera. La misma que iba a financiar secretamente el viaje más allá de la luz. El temido regreso al Cementerio Cósmico.

* * *

Nos presentó a Ilonka Stern apenas aterrizamos en la que él llamaba Isla Cosmos. Era una mujer espléndida, de cabellera rubia larga, poderosa anatomía de generosas y exuberantes curvas, que contrastaban con lo anguloso de sus facciones, bellas y estilizadas. Me recordaba a alguien, pero no supe realmente a quién.

Ella era su compañera y amante, por lo que pudimos colegir Gala y yo. Pero no era tarea nuestra inmiscuirnos en sus asuntos privados y sentimentales, y nos limitamos a saludar a la rubia mujer con cortesía. Más tarde, nos enteramos de que ella era también astronauta, e iba a acompañarnos en el vuelo más allá de la frontera

luminosa, formando los cuatro la tripulación del viaje al Cementerio Cósmico.

—¿Es una mujer serena y experta? —me interesé ante Galio cuando él me conducía a visitar las instalaciones aeroespaciales de la isla propiedad de su organización financiera.

—No tiene nada que temer, teniente. Usted llevará el mando. Ella y yo somos tan eficientes y disciplinados como su propia esposa. Ilonka ha hecho ya, para la Confederación europea, más de seis viajes al espacio exterior. Tiene el título de segundo oficial de Astronáutica, con mención especial por sus conocimientos de electrónica.

—Eso me tranquiliza —asentí, ceñudo—. Allá arriba, si llegamos a ese lugar donde estuvimos ya una vez, no vamos a encontrar facilidad alguna, Galio. Y si hemos de enfrentarnos al monstruo, nuestras armas convencionales no servirán de mucho.

—Es que no llevaremos armas convencionales, Darek —negó vivamente Galio.

—¿No? —enarqué las cejas—. ¿Qué clase de armas ha dispuesto para esta aventura?

—Véalas, Darek —me dijo, extrayendo de su chaqueta negra de piel un estuche rectangular de materia plástica—. Ahí dentro va una de las pistolas que utilizaremos en caso de emergencia.

Abrí el estuche. Sobre un lecho de terciopelo rojo, reposaba un artefacto negro, de metal pavonado oscuro, en forma curva, adaptable a la mano, y con tres orificios en un cañón rectangular, de material plástico muy semejante al acero.

—Son tres sistemas de disparo —dijo—. El primero adormece o paraliza, según los casos, al golpear al adversario. El segundo desintegra mediante una descarga concentrada de rayos láser. El tercero, por si todo eso falla, es destructivo sobre toda forma o materia, puesto que está formado por cápsulas nucleares de un poder destructor incalculable. Mediante una concentración del uranio y una cadena de fisión nuclear micronizada, provoca a su vez una fisión en cadena sobre las formas vivas o muertas, que destruye cuando toca.

—Le felicito —suspiré—. Con un arma así, tal vez Neil Rogers no hubiera sido presa de esa bestia cósmica.

—Pero ahora sabemos que, de un modo u otro, Neil Rogers vive.

Algo impidió que hallase la muerte en poder de esa criatura horrenda. Lo importante es rescatarle.

—Sí, Galio —asentí—. Ese es mi motivo real de mi regreso al Cementerio Cósmico, no el medio millón de dólares que nos ha prometido. Pero el suyo, amigo, mío... ¿cuál es realmente, su motivo para insistir en este costosísimo y aventurado viaje?

Ludo Galio sonrió, mirándome con expresión risueña en sus oscuros ojos astutos.

—Buena pregunta, Darek —aprobó—. Creí que no iba a formulármela nunca... Se lo voy a decir en pocas palabras. Ahora verá, en esta propiedad, el museo espacial más asombroso que jamás ha tenido ser viviente alguno. Desde las piedras lunares hasta un invernadero de plantas, flores, líquenes y musgos de Venus, pasando por fósiles de Marte, fragmentos de asteroides del anillo de Saturno, hielos cristalizados de los casquetes polares de Júpiter y fragmentos de una supernave intergaláctica, cuyos residuos fueron localizados por mí en el vuelo de la Confederación, hace dos años, entre Júpiter y Saturno, prueba evidente de una civilización superior, perdida en la noche de los tiempos. A ese museo tan valioso y fantástico, mi querido amigo Darek, le falta algo que este viaje puede proporcionarnos: alguna pieza de incalculable valor, perteneciente a esas naves allí ancladas por una eternidad. Y, por supuesto, algún recuerdo único de la nave-sarcófago donde ustedes hallaron reposando a la momia de algún monarca de remotos mundos. Sólo por esas piezas prodigiosas, vale la pena arriesgar parte de mi fortuna y de la de mis socios y mecenas en la búsqueda espacial, dueños dé esta isla convertida en base espacial privada.

—Me asombra usted, Galio. Un coleccionista de maravillas del espacio...

—Sólo un coleccionista arriesgaría vida y fortuna por una nueva pieza para su colección —rió suavemente Galio, apoyando su larga, huesuda mano, con gesto afectuoso, en mis hombros—. Cuando vea ese museo, lo comprenderá.

Comprendí muchas cosas cuando terminé de ver aquella isla portentosa donde se habían derrochado millones para montar una gran base espacial anfibia, y donde el increíble museo cósmico de mi anfitrión, logró dejarme sin habla, pese a mi experiencia en viajes espaciales.

—¿Cuándo piensa iniciar el experimento? —le pregunté—. Porque salvar la barrera de la luz no está al alcance de cualquiera...

—Lo sé. La propia Confederación ha fracasado en ello. Pero nosotros triunfaremos, Darek. Poseemos la mejor nave capaz de salvar la barrera luminosa y alcanzar velocidades ingentes. Lo sabrá cuando conozca la nave Futura.

* * *

Una vez más, tuve que dar la razón a Ludo Galio. La nave Futura era prodigiosa. Ni la más sofisticada de la NASA podía competir lejanamente con ella. Examiné sus mandos, sus sistemas de seguridad, de refrigeración exterior, el material de que estaba construida, una aleación plástica asombrosamente ligera y resistente, y el sistema ultrafotónico de sus reactores, capaces de alcanzar velocidades fabulosas sin apenas esfuerzo.

Al lado de esa supernave, nuestro Galax era casi primitivo, rudimentario. Tuve que confesar, asombrado, al término de su revisión en la plataforma submarina donde esperaba ser elevada a la superficie y proyectada a las estrellas:

—Increíble, Galio. Jamás vi nave parecida a ésta.

—Me alegra que piense así —sonrió halagado—. Es diseño mío y ha costado mil millones de dólares. Su combustible es una nueva forma de energía superconcentrada, capaz de disparar la nave más allá de la luz con toda facilidad y sin apenas riesgo físico para los tripulantes. Dentro de dos días, Dan, estaremos volando hacia los confines del Universo.

—Dos días... —me estremecí.

—Es todo el tiempo que necesitamos para poner las cosas a punto. Sus amigos de la NASA deben estar preguntándose ahora dónde están ustedes dos. ¡Qué poco se imaginan que su reciente hazaña va a ser palidecida por la que les espera en el inmediato futuro!

Asentí, impresionado. Empezaba a darme cuenta de que Ludo Galio era algo más que un hombre raro e inquietante. Sus recursos parecían inagotables. Y su imaginación, fértil y exuberante como ninguna otra. Era un hombre que soñaba con los remotos espacios. Y estaba dispuesto a llegar a ellos, al precio que fuese.

Dos días después, exactamente, Ludo Galio, la rubia Ilon-ka Stern, Gala y yo, partíamos hacia el espacio, en plena noche, con el

cielo tachonado de estrellas brillantes.

Era como lanzarse a una hermosa singladura por los mares del Universo. Pero yo sabía que en alguna parte de ese tenebroso mar sin límites, nos estaba esperando algo o alguien para cobrarse la pieza que perdiera una vez.

Ignoraba lo que era del destino de Neil Rogers. Un mensaje suyo había sido captado por una sensible máquina, explorando señales a casi setecientos años-luz de distancia de la Tierra. Eso demostraba que aún vivía y nos necesitaba, por fantástico que ello pareciese. Mi única esperanza en este viaje tan temido, era justamente esa: rescatar con vida a Neil. O, en caso contrario, vengarle adecuadamente.

Ludo Galio tuvo razón en todo. La nave funcionaba a maravilla. Salvamos la barrera de la luz sin problemas. La distorsión inicial apenas si fue advertida dentro de la nave especialmente adaptada a tan brusco fenómeno. Luego, el vuelo más allá de ese límite, fue convirtiéndose en algo más y más vertiginoso, hasta que el Universo mismo pareció absorbernos, tragarnos con su inmensa boca negra y vacía, en busca de remotísimos confines a los que había pensado no regresar jamás.

Todo iba perfectamente a bordo. Ilonka era algo más que una hermosa y sugestiva hembra. Era también, como dijera Galio, una disciplinada, fría y eficiente astronauta que obedecía sin rechistar y cumplía a la perfección. Noté cierto antagonismo entre ella y Gala, de todos modos. Lo atribuí a indiosincracia típicamente femenina.

Ludo Galio era un experto y veterano navegante del espacio, con quien no había problemas a la hora de discutir cuestiones de vuelo. Todo, por tanto, discurría con absoluta normalidad. El éxito de la empresa, me estaba sorprendiendo a mí mismo.

—Estamos sobrepasando los seiscientos cincuenta años-luz de distancia —me advirtió Ilonka gravemente en una ocasión, tras computar datos en el cerebro electrónico.

Gala asintió con la cabeza, confirmando esa noticia y señalando al visor de la nave.

—Aquella constelación cerca de la cual pasamos, es Orion —dijo —. Y Betelgeuse esa radiante estrella que nos alumbra...

Todo eso quedó pronto atrás, con su esplendorosa magnificencia. La noche eterna del Cosmos nos absorvió

nuevamente.

Y, de repente...

—¡Mire, teniente! —exclamó con voz excitada llonka Stern—. Mire ahí, por favor. Creo... creo que hemos llegado...

Sentí un escalofrío. Me volví. También lo hicieron Gala y Ludo Galio. Miré al visor, Ilonka amplió la imagen. Pero no hacía falta. La reconocí en el acto.

Estaba allí. Ante nosotros otra vez.

—Dios... —murmuré roncamente—. ¡El Cementerio Cósmico...!

9

El Cementerio Cósmico.

Estábamos de nuevo en él. Fuera de la nave, donde sólo había quedado Ilonka.

Gala y yo, guiando a Ludo Galio sobre la enorme masa chatarra espacial, sobre los mismos navíos espaciales que viéramos antes, desde el enorme sarcófago flotante hasta la plateada forma de la nave donde dejáramos por última vez a Neil Rogers con la bestia cósmica, contemplábamos aquella panorámica silente, yerta, formada por las estructuras metálicas olvidadas en el tiempo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté a Ludo Galio, a través de mi comunicador de la escafandra, mientras flotábamos sobre las naves inertes.

—Visitar el sarcófago volador —dijo él—. Es lo más importante.

—Perdone, Ludo. Para mí, lo más importante es Neil Rogers —le recordé.

—Inmediatamente iremos a la otra nave. Según su historia, usted se enfrentó con la criatura monstruosa en ese vehículo, pero algo me dice que su refugio, su lugar de origen habitual, en este cementerio estelar, es precisamente la nave del hombre momificado.

—¿Por qué supone tal cosa? —dudé—. Yo sólo ví allí un musgo azul, viviente.

—Me sorprende que quienes destinaron a ese hombre tan fabuloso funeral en los espacios, no dejaran en su tumba algún guardián más peligroso y fuerte que ese musgo azul. Yo diría que la criatura... es el Guardián de la Momia, Darek.

No supe qué decir. Yo mismo había pensado muchas veces en esa posibilidad durante los últimos tiempos, al evocar los

acontecimientos. Era la única forma de explicarse su presencia en aquel lugar y la captura de naves por parte de su poder magnético que, por cierto, no habíamos captado a bordo en aquel segundo viaje, no sabía si por debilitamiento o muerte de la criatura, o porque los sistemas antimagnéticos especiales de la nave Futura habían sido todo un éxito, como anticipara Ludo Galio.

No objeté nada, y aceptamos Gala y yo ir inicialmente a la nave-ataúd. La entrada fue como la primera vez. Y de nuevo aquella reptante materia viscosa, azul y helada, se acercó a nosotros, atacándonos. Utilizamos las armas diseñadas por Galio.

Bastaron unas descargas disolventes para destruir y pulverizar parte del musgo, dispersándolo en goterones que, como alimañas asustadas, se replegaron en los rincones más sombríos del fúnebre recinto.

Avanzamos resueltamente hacia la luz púrpura, que de nuevo, súbitamente, volvió a brillar ante nosotros, más allá de la entrada a la cámara funeraria. Galio lanzó una sorda imprecación al ver el lenguaje escrito y los bajorrelieves y pinturas sobre el metalizado material plástico de los muros.

—¡Dios me asista, es lo que imaginaba! —jadeó—. Una escritura críptica inspirada en los mismos principios que viejas escrituras terrestres como la persa, la egipcia y la sume-ria... Creo que mediante mi traslator cibernético, podremos leer la historia de este hombre, Darek...

Extrajo uno de sus raros y pequeños adminículos electrónicos, y fue acumulando en él las figuras y cifras dispersas por los muros. La máquina absorbió la información, emitió un leve zumbido, mientras Galio contemplaba como fascinado las rojas pupilas cristalinas y brillantes de la Momia Espacial encerrada en la urna cilíndrica, y yo me incliné, leyendo con asombro el texto que iba dando la pantalla de la computadora, al asimilar los datos recibidos:

«El difunto fue el Gran Rey de Egidia, en la Galaxia de Luth, Baanak III. Momificado a su muerte mediante los procedimientos avanzados de su civilización, fue enviado al espacio con la nave-sarcófago, para su eterno reposo. Los sumos Sacerdotes de Egidia, miedosos de que el reposo eterno de su Rey fuese turbado por intrusos o por ladrones de tumbas, situaron a bordo de la nave-sarcófago al Guardián de la Momia, el poderoso e implacable Bahl,

que no es otra cosa que el poder mismo de los Sacerdotes, materializado en una criatura mitad física mitad mística, capaz de enfrentarse a todo posible intruso...»

Era la historia de aquella Momia, narrada por la máquina a través de la fiel y compleja traducción de los signos y caracteres allí trazados.

—Bahl, el Guardián... —murmuré, aterrado—. Ese era el monstruo...

Fue como mencionar al diablo mismo. Tal vez la «cosa» creada por la mente superdotada de los Sacerdotes, permanecía en letargo, esperando su momento. Lo cierto es que tanto Gala como yo captamos el inconfundible hedor helado y nauseabundo que invadió la cámara mortuoria... y con un grito común de horror, nos volvimos hacia la puerta.

¡Allí estaba la enorme esfera rugosa y babeante, aproximándose a nosotros con sus cien bocas-ventosas, voraces, en tanto se extendían lentamente desde su cuerpo los finos y poderosos tentáculos, como hilos de araña mortífera hacia nosotros tres...!

* * *

Gala se abrazó a mí, frenética. Yo contemplé con una mezcla de odio y repugnancia a la feroz criatura. Mis dedos aferraron la culata plana del arma diseñada por Ludo Galio.

—De modo que ahí lo tenemos... —dijo sordamente éste con absoluta serenidad—. Bahl, el Guardián de la tumba... Su viejo conocido, ¿no, teniente Darek?

Asentí, incapaz de pronunciar palabra. Galio lanzó una sorda carcajada y apuntó con su arma hacia el monstruo.

—Disparen —nos advirtió—. Pongan la tercera fase. Proyectiles nucleares. Creo que será suficiente.

Recordaba a Neil Rogers, engullido por una de aquellas nauseabundas bocas, y temblé al disparar. Me preguntaba cómo pudo sobrevivir el infortunado Neil a semejante experiencia. Y dónde podía estar ahora...

Nuestras ráfagas cayeron sobre la criatura con certera precisión. Una a una, las balas de carga micronuclear reventaron dentro de sus bocas. Empezó a derramar una pulpa gelatinosa y negruzca, a borbotones por sus desgarradas ventosas. Agitó sus tentáculos en espasmos, mientras su horrible jadeo ronco se convertía en una

especie de agrio y prolongado chirrido.

La masa esférica se agitó, bailoteando fofa por la cámara, golpeando ¡os muros, empezando a desangrarse. Implacablemente, seguimos disparando vez tras vez, acribillándole materialmente.

Cuando terminamos con él, la criatura era solamente una masa informe de tejidos rugosos desgajados, materia blanda y oscura, derritiéndose por el suelo de la cámara mortuoria, entre sacudidas agónicas de sus delgados tentáculos.

—¡Lo logramos! —rugí, entusiasmado—. ¡Hemos vencido a esa maldita cosa!

—Se lo dije, Darek —sonrió Ludo Galio suavemente—. Aunque no era nada conocido, ni siquiera nada completamente real y físico, sino producto de unas mentes poderosas y siniestras, como eran las de los Sacerdotes de este rey, tenía que ser destruido por una energía más poderosa que él mismo... Ahora, veamos esa momia... y lo que posee de valor en su persona. Algo que estuve buscando durante toda mi vida, Darek...

—¿Qué es ello? —murmuré, todavía sin reaccionar tras la victoria sobre el monstruo creado para defender al rey difunto de los depredadores e intrusos.

—Mírelo —dijo, fascinado—. Esa piedra en su pecho... Fantástica, ¿no?

Entonces me fijé en ella por vez primera. Cierto. Una piedra lucía en su torso, bajo la garganta. Parte de la luz púrpura que bañaba aquel recinto fúnebre no procedía de los muros luminosos, sino de la propia gema de la Momia. Observé que se hallaba incrustada en sus ropajes.

—No lo entiendo —manifesté—. ¿Qué significa esa piedra? ¿Cómo sabía usted que existía en alguna parte? Yo no la mencioné en ningún momento... ni existe ningún video de nuestra anterior visita a este lugar...

Ludo Galio me miró sonriente. Luego, con brusquedad, alargó sus brazos. Nos arrebató a Gala y a mí nuestras armas. Reaccioné tratando de recuperarlas. Pero me encontré que estaba encañonándonos a ella y a mí con ambas.

—¿Qué está haciendo, Galio? —hablé con energía—. ¿Qué significa esto?

—Ahora ya no importa revelar toda la verdad, amigo Darek —

rió suavemente nuestro compañero de viaje—. Es cierto que nunca me habló de esa gema, ni había forma humana de conocer su existencia… a menos que yo hubiera estado antes aquí. O que conociese de antemano a Baanak III, el Gran Rey del planeta Egidia.

—¿Y… cuál es la respuesta? —quise saber con tono duro.

—¿No la imagina, Darek? Le he utilizado. He utilizado su conocimiento de este lugar, los apuntes del cuaderno de bitácora del Galax, en poder de su esposa Gala, para fletar mi propia nave y alcanzar el lugar del espacio donde se haliaba esta tumba, cuyo paradero ignoraba yo. El motivo de mi viaje hasta aquí, no era otro que obtener esa piedra maravillosa, Darek.

—Esas palabras no responden a mi pregunta. ¿Cómo supo que existía?

—Porque conocí al Rey Baanak III.

—¿Usted? —le miré atónito—. ¡Imposible! Procede de una remota galaxia desconocida. Tal vez lleve siglos aquí…

—Es cierto todo lo que usted dice —rió Galio irónicamente, contemplándome con aquellos ojos suyos, negros y fríos, brillando en su rostro anguloso—. ¿No nota la semejanza de mis facciones a las de ese rey? Sólo existe la diferencia de estatura. Aunque alto, disto mucho de ser como él. Porque él era de casta superior, y nosotros, las inferiores, estábamos menos desarrollados. ¿Sabe lo que era yo en Egidia, el planeta donde reinaba el gran Baanak III? ¡Ladrón de tumbas reales! Sí, no se sorprenda. Como en su antiguo Egipto de la Tierra. —Hay mundos distintos, pero no siempre tan diferentes el suyo como los terrestres imaginan…

—De modo que usted… NO ES TERRESTRE —murmuré roncamente.

—Exacto. No lo soy. Procedo de Egidia. He viajado en el Tiempo y el Espacio, he ido a la Tierra hace tiempo, y allí he esperado mi ocasión para obtener de la momia del rey Baanak III la fabulosa Piedra Viviente Angarad, la que lleva en su pecho ese cadáver… ¡y que posee propiedades capaces de darme el poder supremo universal, la sabiduría máxima, convertirme en el primer superhombre de las galaxias!

—Una piedra mágica, portentosa… Una especie de pozo de sabiduría infinita, de piedra filosofal, compendio de todo lo conocido y por conocer…

Los secretos de la Vida y de la Muerte a su alcance, ¿no es eso, Galio? —murmuré, impresionado, contemplando el destello de la radiante gema.

—Exacto. Eso y mucho más. El ser que posea esa piedra en vida, es invulnerable, inmortal y todopoderoso. Un auténtico dios. Está escrito en esos muros, en esa inscripción de la tumba de la momia, aunque usted no pueda entenderla, Darek…

—Ahora comprendo por qué su amiga Ilonka me resultó familiar por sus facciones. Ella… ella también es de Egidia, es extraterrestre…

—Exacto —rió a mis espaldas una voz burlona—. Le felicito, teniente. Es usted muy listo. Yo soy la compañera de Galio en este viaje cósmico por el Tiempo y el Espacio, en busca de la Piedra Viviente Angarad, que poseía la Momia del rey Baanak III.

Gala y yo nos volvimos. Contemplamos a una sonriente, desafiante Ilonka Stern, que fue a reunirse con Galio. Este nos miraba sardónico.

—Ahora, ya podemos terminar con esto, Darek —dijo.

No me gustó su tono. Creí adivinar algo raro en él.

—¿Piensa dejarnos aquí o matarnos? —pregunté.

—Dejarles aquí para siempre. Morirán lentamente, rodeados de muerte y de silencio, junto a la momia Baanak III, mientras nosotros partimos en nuestra nave, dueños del supremo poder universal que simboliza esa piedra.

—Es usted un canalla, Galio. Nos engañó en todo. Estoy seguro de que nunca existió el supuesto mensaje de Neil Rogers, que nuestro pobre amigo murió realmente, devorado por esa bestia cósmica llamada Bahl…

—Sin duda alguna. Seguro que encontrará su esqueleto en la nave plateada…

—¡Y nos drogó la cena de alguna forma, para hacernos ver la criatura en nuestra casa, para extender su olor por toda la vivienda! —clamé, furioso.

—No hacen falta drogas para eso —rió Galio—. Simple hipnosis. Sugestión colectiva. Y creación a distancia de olores que todos pueden captar. Poseo algunos poderes especiales, junto con el poder de trasladarme en el tiempo y en el espacio, amigo Darek… En nuestro mundo, la gente posee fuerzas extrasensoriales que

pasmarían en la Tierra. ¿Cómo, si no, iba a crearme una fabulosa riqueza, la nave superlumínica y todo lo demás? Recuerde que en mi mundo, sólo era un simple ladrón de tumbas...

—¿Es absolutamente necesario sacrificarnos? —me quejé—. Al menos, podrían devolver a Gala a la Tierra, aunque me dejaran a mí aquí. Ella no puede causarles daño...

—No, Darek. No volvemos a la Tierra. Elegiremos nosotros mismos nuestro futuro. Y en él no tienen lugar ustedes dos. Nos estorban. Valen muy poco para preocuparnos por ustedes. Lo siento.

Apuntó con su arma a la urna cristalina. Disparó un rayo láser. Se desintegró parte de la misma, y avanzó. Introdujo su brazo por el hueco, mientras Ilonka, con expresión cruel, nos encañonaba a Gala y a mí, implacable.

Los dedos de Galio se cerraron en torno a la fantástica gema...

* * *

En ese momento sucedió.

La Momia cobró vida repentina. Su brazo derecho se alzó, cayendo sobre la cabeza de Ludo Galio. Los ojos rojos brillaron como carbones.

Chilló de horror el ladrón de tumbas. Gala y yo, aterrados, vimos aplastarse su cráneo, bajo la poderosa mano de la Momia, como si fuese un fruto maduro. Cayó fulminado a los pies de la figura fúnebre, sin haber logrado arrancar la piedra de su pecho. Su cabeza era simple pulpa sanguinolenta, huesos rotos y masa encefálica dispersa.

Ilonka se volvió, aterrorizada, y al ver moverse a la Momia, la encañonó con el arma, dispuesta a disparar. Yo salté sobre ella. Mi violento golpe en su mano hizo saltar el arma.

Un rayo láser destructor perforó y abrasó un punto del muro.

Luego, el haz púrpura de la luz que brotaba de la Piedra Viva Angarad, se hizo cegador, deslumbrante. Envolvió por completo a la rubia Ilonka. La oímos gritar despavorida, con expresión de supremo dolor.

Después, la luz se extinguió casi por completo. Un cuerpo ceniciento, apenas una pavesa irreconocible, rodó a nuestros pies, haciéndonos retroceder. Era todo lo que quedaba de la exuberante rubia. La piedra mítica la había fulminado.

Y ahora, los ojos escarlata de la momia se fijaban en nosotros.

Temí lo peor. Apreté a Gala contra mí…

—Marchaos extrajeras —sonó una voz hueca y poderosa, brotando del interior de la momia azulada, aunque su boca no se movía en absoluto—. Marchaos en la nave que aquí os trajo. Tú has impedido que el rayo destructor de esa mujer despreciable destruyese mi cuerpo, y eso merece una recompensa aunque turbasteis mi reposo eterno. Lamento no poder devolveros la vida de vuestro amigo. Bahl era mi guardián, pero no mi amigo. Era producto de los Sacerdotes, ambiciosos y crueles. Sólo podían crear monstruos con su mente. Yo sé que vosotros no volveréis aquí jamás, ni haréis venir a nadie para que visite mi tumba. Deseo reposo eterno. Y a cambio de él, ya sin el espíritu maléfico de la criatura Bahl, espero que nadie muera por mi culpa, en este triste cementerio. Sólo pido paz eterna, y que esta piedra que tanto bien o tanto mal podría hacer, repose conmigo por su eternidad.

—Sí, Baanak III —dije roncamente, empezando a retroceder con Gala—. Nos vamos. Gracias por todo, amigo rey. Descansa en paz eternamente. Te juro que nadie sabrá por nosotros la verdad.

—Lo sé. Por eso os dejo partir a ambos.

—Nadie nos va a creer jamás allá, en la Tierra. Ni lo intentaremos —susurré—. Me basta con sobrevivir, con tener a mi amada Gala al lado. Nos vamos para siempre, rey Baanak. Tienes mi palabra.

La momia asintió. Luego se quedó quieta, rígida de nuevo, con sus ojos rojos fijos en el vacío, en la nada. El resplandor púrpura se extinguió.

Gala y yo corrimos hacia la salida. Hacia el vacío estrellado. Hacia la nave Futura, nuestro salvoconducto de regreso a casa, a la Tierra, a la vida.

Lo demás, no importaba. Nada importa más que la vida. Cuando dejamos atrás al Cementerio Cósmico, Gala y yo nos abrazamos y besamos apasionadamente.

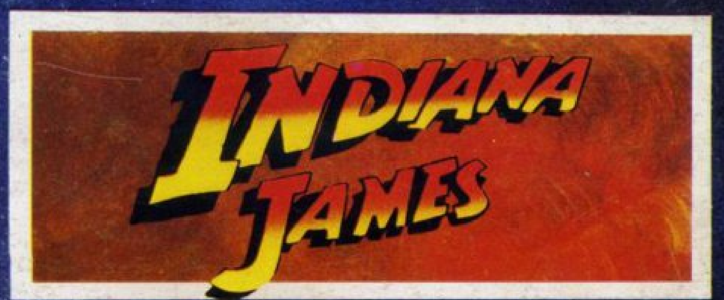
Sabíamos que este amor nuestro, era lo que más valía en nuestro Universo.

FIN


SILVER
KANE
A


ASTRI-
A
OESTE


A
DILIGENCIA


INDIANA
JAMES